

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el teatro de la muerte

CLARK CARRADOS



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

EL TEATRO DE LA MUERTE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.366

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 34.194 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1976

© Clark Carrados - 1976
Texto

© Desilo - 1976
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma,
son fruto exclusivamente de la imaginación del autor;
por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.501 - Trampa con dinamita.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.361- ¡Primer premio: muerte!

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

954 - Un jinete vestido de negro.

En Colección BRAVO OESTE:

526 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

752- ¡Guerra o paz!

En Colección COLORADO:

973 - El rural, el bandido y la dama.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba agazapado en la azotea, con el fusil en las manos y los ojos fijos en el edificio del otro lado de la calle. Había un rótulo, sobre el gran frontón de la fachada, sustentado por media docena de columnas estriadas, con capiteles dóricos, y las pocas letras que componían aquel rótulo indicaban sobradamente la utilidad del edificio.

Un par de policías paseaban tranquilamente por la acera, al pie de la amplia escalinata, de doce peldaños, que conducía a la entrada principal del Palacio de Justicia. Marcus Gray se mordía los labios nerviosamente, mientras los dedos de sus manos se abrían y cerraban repetidas veces en torno al fusil provisto de mira telescópica.

De repente, se produjo un gran barullo en la puerta principal del edificio. El cuerpo de Gray se tensó.

Un nutrido pelotón de personas apareció en la entrada, rodeando a otro que sonreía satisfecho. Los periodistas hacían preguntas constantemente, mientras los *flash* ametrallaban con sus destellos al hombre que era centro de la atención general.

Un sollozo de rabia brotó de los labios de Gray.

—Maldito, mil veces maldito...

Empezó a sacar el fusil por encima del parapeto. Al otro lado de la calle, el grupo se dirigía ya hacia la acera, en donde aguardaba una gran *limousine* negra.

El chófer tenía la puerta abierta. Tres hombres bajaban rodeando al sujeto que había sido interrogado por los periodistas. Gray miró a través del visor, procurando situar el centro de la cruz filar en el tórax de su víctima.

Repentinamente, una mano enguantada en negro apartó el fusil, a la vez que sonaba una suave voz femenina:

—No, señor Gray, no se comprometa usted por ese miserable de

Johnny Corito.

—Pero... Déjeme, juré vengarme...

Ella insistió.

—Usted es persona demasiado decente para echarse a perder por ese canalla. No haga nada ahora, déjele que se vaya libre.

—Mató a mi hija Diana de la manera más atroz que se pueda imaginar... obligándola a la adicción a las drogas, hasta que la convirtió en una ruina humana... Usted no la vio después de muerta.

—Me lo imagino, señor Gray, pero no haga nada. Otros se encargarán de Corito.

—Ha conseguido sobornar al juez, a los jurados, al fiscal...

—Ha hecho un poco de trampa, pero no tanto como se imagina —dijo la desconocida—. Sí, ciertamente, es culpable de la muerte de su hija Diana y de algunas más, pero ahora no había pruebas demasiado concluyentes para condenarlo. Usted no está avezado a esta clase de situaciones. Deje aquí el fusil y vuelva a casa.

Gray lanzó una mirada a la calle. Corito entraba en el coche, seguido de su abogado y sus guardaespaldas.

—Pronto conocerá usted noticias de Corito —dijo la mujer—. Ande, vuelva a casa, junto a su esposa. Ambos son ya mayores y se necesitan el uno al otro. Pero su esposa recibiría un terrible golpe si supiera que usted había sido detenido por asesinato.

Gray miró a la mujer que le hablaba así, pero no pudo ver grandes detalles, salvo que había un rostro muy blanco, sin maquillaje, bajo unas grandes gafas de color oscuro. El vestido de la mujer era una simple chaquetilla y pantalones de color gris oscuro. Las orejas estaban desnudas y no había tampoco el menor adorno en su esbelta garganta. Pero la sonrisa era cálida, amistosa.

—Váyase —insistió ella—. Yo me encargaré del fusil.

Gray asintió. Al mirar hacia la calle, vio que el coche de Corito había desaparecido ya.

Momentos después, Gray se hallaba en el vestíbulo de la casa. Para calmar sus nervios, metió la mano en el bolsillo, a fin de sacar el tabaco. Entonces encontró algo sumamente extraño.

Sacó aquel objeto. Era un pequeño rollo de billetes, sujetos con una gomita. Entonces comprendió que aquella extraña desconocida había querido ayudarle y no sólo con palabras.

¿Quién era?

El coche rodaba a buena velocidad por la carretera. Corito, arrellenado en el asiento posterior, charlaba animadamente con su abogado.

—Ahora te conviene alejarte una temporada de la ciudad. El asunto ha hecho demasiado ruido —decía el abogado—. Deja que se enfríe la atmósfera.

—Pero... mis negocios...

—No se hundirán porque estés un par de meses fuera; yo me encargaré de que sigan adelante. Tienes a toda la policía en tu contra; si Fe quedas aquí, van a estar asándote continuamente. Tú sabes que pueden hacerlo: multas por esto, por lo otro, por estacionamiento indebido, por licores en malas condiciones, por rótulos que no tienen las dimensiones exigidas, por inmoralidades de tus artistas... Deja que la cosa se enfríe, insisto.

Corito masculló algo entre dientes, furioso por lo que sucedía, pero, al mismo tiempo, comprendiendo la sensatez de los consejos de su abogado. El chófer y uno de los guardaespaldas iban como estatuas en el asiento delantero. A la izquierda de Corito iba el otro gorila, igualmente mudo y silencioso, mientras él discutía con el leguleyo.

—Bueno, ahora me quedará un par de días en la villa de recreo...

—Haz el equipaje hoy mismo. No te quedes aquí un minuto más del tiempo estrictamente necesario. Usa la cabeza, hombre; no te dejes engañar por la publicidad que has conseguido. Los periódicos hablarán mucho de ti y no precisamente en términos elogiosos. Eso picará aún más a los policías, ya que no han podido conseguir las pruebas que deseaban, ¿comprendes?

—Está bien, está bien —dijo Corito, con acento de hastío—. Me iré hoy mismo. A las Bahamas, por ejemplo.

—Es un buen lugar para que se olviden de ti durante un par de meses —convino el abogado.

En aquel momento, el coche viró hacia la derecha, para meterse por un camino particular, flanqueado por una doble hilera de álamos. A los cien metros escasos, al doblar una curva, el chófer se vio obligado a frenar en seco, ya que un árbol caído obstaculizaba el camino.

El chófer lanzó una maldición. En el momento en que el coche se detenía, una mano apareció al otro lado de unos arbustos y lanzó algo contra la *limousine*.

Era un objeto de forma ovalada y color negro. El chófer lo vio y lanzó un chillido de espanto cuando la bomba de mano chocó contra una de sus piernas y resbaló luego hasta el piso del automóvil.

Otra bomba entró inmediatamente por la misma ventanilla. Las dos explosiones sonaron con escasa diferencia de tiempo. El coche pareció abrirse por los costados. Un cuerpo humano fue lanzado a varios metros de distancia, mientras las llamas surgían bramadoramente del tanque de combustible.

En el asiento posterior, Corito y el abogado chillaban espeluznantemente. El otro guardaespaldas, aturdido, cubierto de sangre, salió fuera del coche, pero fue para encontrarse con un muro de balas que le destrozaron el tórax.

Dos bombas más fueron a parar a la parte posterior del coche. Lo último que vio Corito, en el paroxismo del terror, fue un gran fogonazo. Luego todo se hizo negro para él.

A la mañana siguiente, Marcus Gray leyó el periódico y se enteró de la matanza de Poplar's Road. Corito, su abogado y tres de sus secuaces, habían muerto a bombazos y a tiros de ametralladora. Gray pensó inmediatamente en la desconocida que le había evitado un gravísimo compromiso.

¿Sabía ella lo que iba a pasar? Se preguntó.

Aquella misma mañana, un hombre joven, con gafas, vestido con una horrible chaqueta a cuadros y un maletín en la mano derecha, se detuvo ante una puerta en la que se leía:

L. T. THRONE
INVESTIGADOR PRIVADO

El joven parecía un profesor recién graduado. Llamó a la puerta con los nudillos y alguien dio permiso para que entrase.

—¡Hola, Jack! —Se oyó una voz chillona—. Pasa, pasa, muchacho, no sabes con qué impaciencia te estaba aguardando. Pero, qué buen mozo estás hecho... Claro que hacía más de diez años que no te veía y...

—Hola, tío Luke —saludó tímidamente el recién llegado—. Papá y mamá me han dado muchos recuerdos para ti...

—¿Está bien mi hermanito del alma? Sí, supongo que sí; los años no pasan para tus padres... —Luke T. Throne estaba recogiendo papeles de la mesa tras la que se hallaba situado—. Bueno, aquí tienes el despacho. Es todo tuyo, muchacho.

—Pero, tío...

Luke alzó una mano.

—No, no me digas nada, sobrino; yo me largo. Es hora de que empiece a descansar con mi bien merecida jubilación... Será maravilloso no tener que patear las calles ni seguir a rufianes ni pasarse horas y horas bajo el quicio de un portal, soportando el agua, el viento y el frío...

Ahí, en el cajón derecho, tienes un cuaderno con los datos más importantes de la agencia. Ah, y también un revólver cargado. Bueno, sobrino, que te diviertas...

Luke T. Throne, bajo, menudo, vivaracho, calvo, con lentes de cerco de acero, corrió hacia la puerta.

—No te olvides del cuaderno; contiene cosas muy interesantes —dijo, ya con la mano en el picaporte—. Ah, y los documentos de la agencia están en orden, lo mismo que tu licencia de investigador privado. ¡Adiós!

—Pero, tío, si yo sólo he venido a pasar unos días aquí en una convención de educadores de...

La puerta se cerró. Jack Throne se quedó solo en el despacho.

—Parece que mi tío tenía prisa —musitó, completamente desconcertado.

Luego paseó la vista a su alrededor.

Era una agencia más bien modesta, pero, por lo que sabía, su tío Luke no necesitaba más, ya que era hombre a quien le gustaba muy poco permanecer entre cuatro paredes. También había oído hablar vagamente del gran número de conocimientos que poseía, lo que, indudablemente, había facilitado no poco su labor de investigador.

—Pero si yo no quiero ser detective privado —masculló.

Al cabo de unos segundos, recorrió el departamento. Había una cocina, un dormitorio y un cuarto de baño, eso era todo.

Abrió el frigorífico, encontró parte de un pollo asado y sacó un muslo que mordisqueó distraídamente. Puso leche en un vaso y

volvió con ambas cosas al despacho.

Entonces, llamaron a la puerta.

—Pase —dijo maquinalmente.

Un hombre uniformado apareció ante sus ojos.

—Señor Throne, cuánto me alegro de conocerle —manifestó—. Soy Tim Mac Dae, conserje del edificio, pero puede llamarme Tim a secas. Su tío me habló mucho y bien de usted y me dijo que, en lo sucesivo, iba a encargarse del negocio. Bueno, le felicito y ya sabe que me tiene enteramente a su disposición.

—Gra... gracias, Tim. Igualmente le digo; si puedo serle útil...

Mac Dae meneó la cabeza, a la vez que avanzaba hacia la mesa, sobre la que dejó un grueso sobre.

—Lo ha traído el empleado de una agencia de reparto —dijo—. No sé por qué la gente no se gasta unos centavos en unos cuantos sellos de correo. En fin, celebro mucho haberle conocido, señor Throne.

—Sí, muchas gracias, Tim. —El joven creyó conveniente recompensar al locuaz conserje con un dólar—. Es usted muy amable...

Throne se quedó solo nuevamente. El sobre iba dirigido a la agencia.

Tras algunos segundos de indecisión, lo abrió. Respingó al ver el fajo de billetes que había en su interior.

Veinte de cien dólares... dos mil dólares... ¿Quién se había vuelto loco? Masculló entre dientes.

Lo peor de todo era que el sobre no traía la menor indicación sobre su remitente. Perplejo, Throne hurgó en su interior y sé encontró una octavilla de papel blanco, con dos palabras escritas por medio de un rotulador de color rojo fuerte y con caracteres de mayúsculas.

Era un nombre de persona: Rupp Herston.

Throne se encogió de hombros. Para él, Herston era tan extraño como un habitante de la Luna.

CAPÍTULO II

Una semana más tarde, Jack Throne regresó a la casa en que habitaba actualmente y que no era otra sino la agencia que había heredado tan inesperadamente, pero en la que no pensaba continuar, dado que no sentía la menor afición por el negocio. Al abrir la puerta, se dio cuenta de que tenía visita.

Al otro lado de la mesa había un hombre de unos treinta y cinco años, recio, fornido, con mandíbula cuadrada y ojos grises. Throne parpadeó de asombro al verle.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Soy Brad Layden —se presentó el sujeto—. Usted es...

—Jack Throne. Pero aún no me ha dicho por que ha entrado en mi casa sin permiso.

Layden sonrió de un modo especial.

—¿Hijo del viejo zorro de Luke Throne?

—Sobrino solamente. Él está fuera...

—Ya lo sabemos. Por eso sigue con el pellejo intacto. Pero si usted está aquí, es que piensa continuar con el negocio.

—Nada de eso. Me marcho dentro de unos días. He venido a una convención...

—Señor Throne, a otro perro con ese hueso. ¿Dónde la tiene?

El joven puso cara de idiota.

—¿Qué es lo que debo tener? —preguntó.

—¡La libreta, maldito imbécil! Su tío anotaba una gran cantidad de nombres y datos en una agenda que llevaba siempre consigo. Pero ahora la ha dejado aquí, para que usted la utilice.

—Ah, bueno, si es por eso, ahí la tiene, en el cajón superior del lado derecho. Puede llevársela, a mí no me sirve para nada. Ya le he dicho que estaré aquí muy pocos días. En cuanto termine la convención...

Layden le miró de un modo extraño. Luego, con la mano

derecha, abrió el cajón.

—Aquí no hay nada —dijo.

—¿Cómo?

—¿Es que hablo en chino? ¡No hay ninguna maldita libreta! Throne, no tengo demasiado tiempo que perder. Dígamelo, pronto, o tendrá que lamentarlo.

—Pero si estaba ahí, yo la vi el primer día de mi llegada. Le aseguro que no he tocado ese cajón para nada...

Layden movió una mano.

—Anda con él, Buzz —dijo.

En el mismo instante, Throne se sintió sujeto por detrás. Entonces comprendió que todo el rato había estado alguien junto a la puerta, sin que se apercibiera de su presencia.

Sonriendo de un modo extraño, Layden se puso en pie, dio la vuelta a la mesa y, levantando las manos, se apoderó de los lentes del joven.

—No queremos dañarle la vista —dijo, mientras los dejaba sobre la mesa.

Luego, de súbito, se volvió y disparó el puño derecho con todas sus fuerzas.

El golpe buscaba la nariz de Throne. Pero antes de que el puño llegase a su objetivo, dos pies voltearon velocísimamente en el aire. Uno de ellos golpeó la muñeca de Layden, de cuyos labios se escapó un aullido de dolor.

Throne se apoyaba en los brazos que le sujetaban por detrás. Antes de volver a la misma posición, disparó el pie izquierdo y golpeó con el tacón los labios de Layden.

El rugido de dolor se convirtió en un sonido inhumano. Escupiendo sangre y dientes, Layden se arrodilló en el suelo, olvidado por completo de sus propósitos.

El otro soltó a Throne. Éste se volvió. Una porra corta, de cuero, con núcleo de plomo, se elevó sobre su cabeza.

Throne alzó la mano derecha, asió una muñeca y la hizo girar bruscamente. Crujieron unos huesos. Buzz lanzó un aullido y soltó la porra.

Tranquilamente, Throne se inclinó, agarró la matraca y dio un golpecito en la punta de la nariz de Buzz. Éste retrocedió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Condenado... —jadeó.

Pero Throne no había acabado aún. La porra se movió fulgurantemente dos veces. Las dos orejas del sujeto resultaron cruelmente dañadas. Cuando Buzz abrió la boca para gritar, Throne empujó la matraca y la hizo llegar casi al fondo de la garganta.

Buzz retrocedió de nuevo, gargajeando a la vez que manoteaba frenéticamente. Al fin, consiguió quitarse aquel objeto de la boca, pero, en el mismo instante, dos puños, que parecían de piedra, golpearon sucesivamente su estómago y su mentón.

Throne recuperó sus lentes y se los puso. Los hampones estaban completamente desmoralizados.

—Primero —dijo el joven—; no tengo la agenda, puesto que no está en el cajón y no sé quién se la ha llevado. Segundo, olvidé decirles que la convención a la cual asisto es de profesores de gimnasia. Ya saben: educación física, atletismo, ejercicios gimnásticos... y lucha en todas sus modalidades.

Layden tenía un pañuelo sobre la boca y miró asombrado al joven. Throne hizo chasquear los dedos.

—Largo —dijo—. El negocio de mi tío está clausurado.

Torpemente, los dos sujetos se marcharon, dejando solo a Throne. Entonces, el joven fue al cajón y, asombrado, comprobó que, en efecto, faltaba la agenda de notas de su tío.

En aquel momento, sonó el teléfono.

—Throne —dijo el joven, después de llevárselo al oído.

—Hace una semana le envié una carta. ¿No la ha recibido?

—¿Cómo?

—He dicho que le envié una carta con dinero y un nombre. ¿Qué ha hecho hasta el momento, señor Throne?

La voz era de mujer y parecía un tanto irritada.

—Señora, no comprendo en absoluto... Quiero decir que sí, en efecto, recibí la carta, pero no entiendo su significado. Ahora bien, si lo desea, puedo devolverle el dinero. Dígame su dirección...

—Pero ¿usted no es Luke?

—No, señora; su sobrino Jack. Mi tío Luke ha cesado en el negocio.

Al otro lado de la línea sonó una exclamación de sorpresa. Un segundo después, Throne escuchó el inconfundible sonido del teléfono al volver a su horquilla.

Encogiéndose de hombros, Throne hizo lo mismo. Luego se encaminó al cuarto de baño.

Cuando salió, veinte minutos después, tenía una toalla al cuello y se cubría con una bata corta. Entonces, vio que había una visitante en el despacho.

Era una joven de rostro pálido, sin maquillaje, con las gafas típicas de una secretaria. Vestía un traje corriente, de serie, barato, que no la favorecía en absoluto. Parecía, incluso, un par de números superior a su talla, lo que impedía apreciar con gran detalle las formas propias de su condición de mujer.

El pelo era castaño, peinado liso y sujeto a la nuca por una delgada cinta negra. En las manos tenía un bolso corriente, de cuero marrón.

—Señor Throne —dijo la joven.

—Sobrino de Luke T. Throne —puntualizó él—. Y no soy investigador privado.

—Oh, yo creí...

—Mi tío se ha retirado. Creyó que seguiría con el negocio, pero estaba equivocado. Siento defraudarla, señorita, pero es así, tal como le he dicho.

Ella se mordió los labios.

—Yo venía a encargarle una investigación —musitó—. Perdón, no me he presentado. Soy Belinda Crandall.

—Muchísimo gusto, señorita Crandall. Lamento no poder complacerla. Ni siquiera conozco a otros colegas, de modo que no puedo recomendarle un nombre —sonrió el joven.

Ella sonrió también.

—Bueno, no se preocupe; ya buscaré en la guía telefónica —dijo—. Dispense que haya entrado sin su permiso. Llamé y no me contestaba nadie...

—No tiene por qué disculparse.

Belinda se dirigió hacia la puerta. Throne se fijó en los zapatos de tacón casi plano que usaba, pese a lo cual, resultaba bastante alta. Sin embargo, sus movimientos carecían de gracia. «Una solterona en ciernes», pensó.

—Adiós —dijo ella desde la puerta.

—Ha sido un placer, señorita Crandall.

Throne se quedó solo.

—Menos mal que me largo pronto de la ciudad —masculló—. De lo contrario, tendría que quitar el rótulo de la puerta.

Silbando alegremente, se dirigió al dormitorio, a fin de vestirse para salir a cenar. Cuando estaba a la mitad de la tarea, sonó el teléfono.

Throne regresó al despacho, levantó el aparato y pronunció el apellido.

—Soy Googy —dijo alguien—. Escuche esto: North Street, seiscientos diecinueve.

—No entiendo nada en absoluto —contestó Throne.

—Vamos, vamos, no me tome el pelo. Son cincuenta pavos. Déjeselos a Mac, como de costumbre.

—Googy...

Pero Throne no pudo seguir hablando. La comunicación se había cortado.

—Voy a divertirme un rato —masculló, mientras se preguntaba quién diablos podría ser aquel Googy y por qué quería que fuese al seiscientos diecinueve de North Street.

Acabó por encogerse de hombros y regresó al dormitorio, a fin de terminar de vestirse. Cuando se ajustaba el nudo de la corbata, sonó el teléfono una vez más.

—Throne —dijo, segundos después, con acento hastiado.

—¿Sabe ya dónde vive Herston?

El joven se puso rígido. Aquella voz era la misma que había escuchado antes, cuando mencionó el sobre con el dinero.

—Señora, ¿puede decirme por qué le interesa tanto ese individuo? —preguntó irritado.

—No se preocupe. Dígame solamente si lo sabe o no —contestó ella secamente.

De pronto, Throne concibió una idea.

—North Street, seiscientos diecinueve —dijo.

—Gracias, eso es todo.

Throne contempló el teléfono con aire perplejo.

—Mi tío no paraba un momento —murmuró—. Comprendo perfectamente que tuviese tantas ganas de retirarse. Lo que estará disfrutando ahora, el muy...

En aquellos momentos, Luke T. Throne se hallaba a orillas de un río, con una caña en las manos. La vida era bella y merecía la pena

vivirse, pensó, mientras se reclinaba indolentemente en el tronco de un árbol.

Entrecerró los ojos. De pronto, creyó oír pasos en las inmediaciones.

Un hombre apareció ante él. Throne se irguió.

—Hola —dijo el sujeto.

Temía en la mano un revólver con silenciador.

—¡Quieto! —aulló Throne.

El índice del sujeto se movió dos veces. Throne fue lanzado hacia atrás. Su espalda chocó contra el árbol. Luego se ladeó lentamente y, tras un par de convulsiones, se quedó completamente inmóvil.

El asesino guardó el arma en la funda sobaquera. Luego, inclinándose, agarró los tobillos del muerto y lo arrastró hasta la orilla. Con el pie derecho, empujó y el cuerpo cayó al agua.

Se oyó un leve chapoteo. Luego volvió el silencio.

Jack Throne lanzó un suspiro de alivio. La convención había llegado a su término.

Al día siguiente, emprendería el viaje de regreso. Pero mientras llegaba la hora de tomar el avión, ¿por qué no divertirse un poco?

Los diez días que había pasado en San Luis habían sido dedicados íntegramente al trabajo, excepto en los momentos que había tenido ciertas dificultades. Pero ya las había olvidado por completo.

Sí, un poco de diversión le sentaría bien. A fin de cuentas, aún no había cumplido los treinta años. Sentíase pletórico y lleno de vitalidad. Había que aprovechar la ocasión.

Pronto volvería a la rutina del pequeño pueblo en que vivía, en la casa de sus padres. Clases de gimnasia en el colegio, educación física... Una vida agradable, pero también monótona.

Después de vestirse, salió a la calle. Un vendedor voceaba el *Saint Louis Dispatch*. Throne compró un ejemplar.

Unos grandes titulares, en la primera plana, llamaron su atención de inmediato:

¡RUPP HERSTON, ASESINADO!

Throne se quedó con la boca abierta.

—Esto parece...

Siguió leyendo. El cadáver de Herston había sido descubierto a los tres días de su muerte, acaecida a consecuencia de dos disparos de pistola hechos a quemarropa. Herston, que tenía cuentas pendientes con elementos del hampa, había desaparecido momentáneamente, pero algún rival había descubierto su escondite, en North Street, y lo había asesinado, sin que nadie se enterase, hasta que un vecino, alarmado por cierto mal olor que se percibía en la casa, avisó a la policía.

—Vaya jaleo que se traía mi tío entre manos —murmuró, mientras lanzaba el diario a la próxima papelera que le salió al paso.

Decidió despreocuparse del asunto. No le concernía en absoluto. Además, si iba a la policía, podría verse en complicaciones, que deseaba evitar a toda costa. Y, bien mirado, se trataba de un ajuste de cuentas entre elementos del hampa.

De pronto, topó con un rótulo luminoso, que llamó su atención en el acto: THE GOLDEN NEST.

«El Nido Dorado», musitó, sonriendo para sí.

—Aquí encontraré algún pajarillo —dijo, olvidado ya de la noticia del asesinato de Herston.

El «pajarillo» tenía unos ojos azules preciosos, pelo rubio, silueta escultural y un escote lleno de atractivos.

—Me llamo Harriet Carter —dijo la chica.

—Jack Throne —se presentó él—. Harriet, ¿puedo tutearte?

Ella rió suavemente.

—No soy una venerable ancianita —contestó.

—Te aseguro que cuando eso llegue, serás la viejecita más guapa del mundo —dijo él galantemente—. Pero... se me ocurre que aquí hay demasiada gente. ¿No te parece, Harriet?

—Por supuesto, Jack.

Harriet abandonó el taburete y se colgó del brazo de Throne.

—Tengo un apartamento muy bonito a cuatro manzanas —dijo—. Hay un par de botellas y hielo en el frigorífico. ¿Qué opinas de la perspectiva?

Throne bajó la vista hacia el fascinador panorama del escote femenino.

—Encantadora —contestó.

CAPÍTULO III

El vestido de Harriet era negro, muy corto y no tenía tela en la espalda. Throne la miró sonriente, mientras ella preparaba los vasos.

Momentos después, Harriet se sentaba junto a su invitado.

—Tú no eres de aquí —dijo.

—No. Resido en Willow Creek, una pequeña población situada a unas doscientas millas al oeste. Soy profesor de educación física.

—Oh, un tipo enamorado de la gimnasia —rió ella.

—Bueno, también me gustan otras cosas. No todo acaba en ejercicios físicos, atletismo, lucha y demás.

—Sí, me lo imagino. ¿Turista en San Luis?

—He venido para una convención de mi especialidad. Hoy ha terminado y mañana me vuelvo a mi ciudad.

Harriet tocó con la mano el brazo izquierdo del joven.

—Eres fuerte, Jack —elogió.

—Psé, lo corriente. ¿Trabajas en alguna parte?

Harriet soltó una carcajada.

—Jack, sospecho que eres un ingenuo —contestó.

Throne se sonrojó ligeramente.

—Bueno, no quise ofenderte...

—No me has ofendido —dijo ella—. Al contrario, me gustas muchísimo.

—Gracias, preciosa.

—Resulta poco corriente encontrarse con tipos como tú. Algunos son... horribles, por no decirlo de otra manera.

—Entonces, ¿por qué... sigues en la profesión?

Ella se encogió de hombros.

—No sé hacer otra cosa —respondió—. La vida no es siempre como quisiéramos. Los momentos negros abundan más que los de color rosa.

—Siento de veras lo que te pasa. Si pudiera ayudarte...

Una mano femenina acarició suavemente la tostada mejilla masculina.

—Eres encantador, Jack —dijo Harriet—. Pero, supongo, tendrás novia en tu pueblo. Throne hizo un gesto ambiguo.

—Aún no hay nada firme entre los dos —contestó—. No acabo de decidirme.

—Y ella, ¿qué dice?

—Bueno, debe de pensar que soy un poco soso, tal vez tímido... Eso no se puede evitar, me parece a mí.

Harriet sonrió, a la vez que se le acercaba incitantemente.

—¿De veras eres tímido? —preguntó.

Unos fuertes brazos rodearon aquel cuerpo escultural. Mucho más tarde, Harriet, con lánguido acento, dijo:

—De tímido, nada. Y no veo tu sosera por ninguna parte. ¡Qué hombre! Throne sonrió.

—Quizá me falta algo de experiencia —dijo.

—¿Experiencia? Yo diría todo lo contrario —rió ella. Se puso una bata—. ¿Te apetece una taza de café?

—Vendrá bien, en efecto.

—Puedes encender el televisor mientras lo hago —indicó ella, a la vez que salía de la estancia.

Throne se acercó al televisor. En aquel momento, estaba dando un boletín de información.

De pronto, el locutor dijo:

—La Policía de Riverdale ha encontrado, en el lugar llamado Green Fork, el cuerpo de un hombre, asesinado a balazos. Identificada la víctima por su documentación, resultó ser Luke T. Throne, investigador privado de San Luis...

El joven lanzó un grito. Harriet, asustada, salió de la cocina.

—¡Jack! ¿Qué te ocurre? —preguntó.

—¡Mi tío! ¡Lo han asesinado!

Ella le miró atónita. Antes de que pudiera decir nada, vio que Throne agarraba su chaqueta y salía disparado hacia la puerta.

Con paso indeciso, Throne se acercó a la puerta y la abrió, contemplando melancólicamente la placa metálica en la que aún figuraba el nombre de su tío. El funeral se había celebrado ya y Luke T. Throne yacía bajo seis palmos de tierra.

Los padres de Throne habían estado presentes en la fúnebre ceremonia. Acabada ésta, habían emprendido el regreso a su residencia habitual. El joven había declarado su intención de quedarse todavía unos días en San Luis.

Entró en el piso y dio la vuelta a la mesa. Sentándose en el sillón, contempló en silencio la modesta decoración. ¿En qué infernales jaleos se había metido su tío, para acabar miserablemente, cuando ya creía haberse ganado el retiro?

La muerte de Luke, ¿tenía alguna relación con el asesinato de Herston?

Quizá, pensó, Googy podría darle algún informe al respecto, pero ¿cómo encontrar a Googy?

¿Quién era Layden? ¿Por qué buscaba con tanto ahínco la agenda de su tío? Maquinalmente, abrió el cajón. Entonces sintió que sus ojos se le salían de las órbitas. ¡La agenda estaba allí de nuevo!

Era un objeto inconfundible, con sus tapas de hule negro, que proporcionaban una segura protección a las hojas interiores. Movido por un impulso irresistible, sacó la agenda y la abrió, dándose cuenta de que tenía en los bordes los indicadores alfabéticos para encontrar mejor los nombres de las personas que podían tener algún interés para su dueño.

Inmediatamente, buscó la letra G. Sí, allí estaba la anotación: Googy, con el número de teléfono correspondiente.

Throne alargó la mano y descolgó el aparato. Momentos después, oía una voz que le resultaba conocida:

—¿Sí?

—Googy, soy Throne —dijo el joven.

—¡Su fantasma!

—No sea tonto. Sólo soy su sobrino —contestó Throne de mal humor—. Para más detalles, le diré que soy el que tomó su llamada, hace unos días, la que se refería a Herston.

—Demonios, yo creí que sería el viejo... Ahora comprendo por qué no cobré los cincuenta «machacantes». El viejo Luke era buen pagador.

—Yo también lo seré, si me dice dónde puedo encontrarle, Googy. Tengo gran interés en hablar con usted en persona.

—Creo que le comprendo, muchacho. Usted trata de encontrar

al fulano que «apioló» al viejo.

—Digamos que sí. Googy.

—Bien, estaré a las siete y media en el *Kuck's*, South Hill, noventa y ocho. ¿Comprendido?

—O. K.

Throne dejó el teléfono sobre la horquilla. Alzó la vista y se encontró con que Harriet estaba parada frente a la mesa.

Harriet vestía ahora un sencillo traje estampado, discreto, con manga corta, y tenía un bolso en las manos. En sus hermosos ojos había una expresión de simpatía hacia el joven.

—Siento no haber podido venir hasta ahora —dijo.

—No te preocupes —contestó él, a la vez que se incorporaba—. ¿Quieres un poco de café?

—Déjalo, gracias. Jack, quiero decirte que siento muchísimo lo ocurrido. Aunque no hemos estado juntos más que una vez y, prácticamente, apenas nos conocemos, te he tomado bastante afecto. Me gustaría ayudarte, si lo permites.

Throne arqueó las cejas.

—¿Ayudarme? —se extrañó.

Harriet movió la mano.

—Bien, me imagino que ahora vas a seguir con la agencia —manifestó—. La Policía ya investiga, pero sospecho que tú también vas a hacer lo mismo.

—Eres muy lista, Harriet —sonrió él—. Sí, estoy interesado en averiguar quién y por qué mató a mi tío, aunque harlo sospecho que se había metido en una serie de problemas nada honestos, por no calificarlos de otra manera. Pero esto puede resultar peligroso para ti.

—¿Tú crees?

Throne hizo un gesto afirmativo.

—Mi tío me dejó una libreta con notas muy interesantes. Cuando yo le anuncié mi llegada a San Luis, debió de pensar que venía a encargarme de su agencia...

El joven habló unos minutos. Cuando terminó, Harriet estaba ya enterada de todo lo sucedido.

—De modo que alguien te envió dos mil dólares y el nombre de Herston —dijo.

—Sí. Ahora veo claro que mi tío debía averiguar la dirección de

Herston, pero cuando Googy me la dijo por teléfono, yo no hice el menor caso. Luego supe que Herston había sido asesinado... y es probable que mi tío muriese tal vez como venganza por la muerte de ese sujeto.

—Lo asesinó alguno de sus compinches.

—Es muy probable. Harriet, has dicho que quieres ayudarme.

—En lo que pueda, desde luego.

Throne meditó unos instantes.

—Guardé los dos mil dólares, porque no sabía a quién devolvérselos —dijo al cabo—. ¿Te gustaría un empleo en la agencia? Doscientos semanales, para empezar...

—Oh, es demasiado, Jack —protestó ella.

—No quiero que vuelvas al Golden Nest.

Harriet se ruborizó.

—Me siento un poco avergonzada, Jack —declaró.

—Bien, eso es algo que se puede arreglar, si empleas tu fuerza de voluntad. De acuerdo, estás contratada.

Throne metió la mano en el bolsillo, sacó un puñado de billetes y contó veinte de a diez dólares.

—Tu primer sueldo —sonrió.

—Gracias, Jack; eres muy bueno...

—No digas más. Ahora, prepárate a recibir la primera orden.

Harriet se llevó la mano derecha a la sien.

—Sí, señor —dijo, sonriendo alegremente.

—Estoy citado a las siete y media en el Kuck's, South Hill, noventa y cuatro, con un tal Googy, del que sospecho era confidente de mi tío. Tú irás allí media hora antes, para que estudies el panorama y me digas más tarde lo que puedas observar. Pero no me hables allí; pasaremos por desconocidos, ¿entiendes?

—Perfectamente. ¿Algo más, jefe?

Throne sonrió.

—Después de que haya hablado con Googy, te haré una señal disimulada. Si me rasco la oreja izquierda, significará que debemos reunirnos lo antes posible en tu casa. Si saco un pañuelo para limpiarme los lentes o el sudor, debes marcharte sin más y llamarme al día siguiente aquí, a la oficina. ¿Comprendido?

—Totalmente —contestó ella—. Pero me gustaría hacerte una observación.

—Sí, Harriet.

—A ver, por favor, quítate las gafas.

Throne obedeció, un tanto extrañado.

—¿Así?

—Estás guapísimo, Jack. ¿Por qué no usas lentes de contacto?

—No me gustan. Mi miopía, por otra parte, no es demasiado acentuada. Me encuentro más cómodo con las gafas.

Se las puso de nuevo. Harriet sonrió.

—Bueno, la verdad es que también así resultas tremendamente atractivo. Y... no eres nada tímido —dijo.

Se acercó a él y le besó en una mejilla.

—Suerte, jefe —murmuró dulcemente.

Throne quedó solo en el despacho. Al cabo de un rato, se sentó tras la mesa y empezó a repasar la libreta.

Había cientos de nombres y direcciones, muchos de ellos con anotaciones contiguas. Era un verdadero tesoro de información, pensó, por lo que se comprendía que Layden quisiera apoderarse de ella. Pero ¿cómo había llegado a enterarse de su existencia? Y, sobre todo, ¿quién se la había llevado y devuelto de forma tan misteriosa?

El timbre del teléfono le sobresaltó.

—Jack Throne —dijo.

—Ah, el sobrino del investigador.

—Sí, señorita.

—Belinda Crandall. Quiero decirle una cosa, señor Throne.

—La escucho, señorita Crandall.

—He podido darme cuenta de que ha tomado a su cargo la agencia de su difunto tío. Pero lo primero que ha hecho es algo absolutamente repugnante. Me resulta inconcebible que un hombre como usted tenga relaciones con esa prójima.

—¿Cómo? —dijo Throne, estupefacto.

—Sí, sí, no se haga el desentendido; sabe de sobras a quién me refiero. Usted no la conoce bien; de lo contrario, la habría despedido con una patada en... ¡Golfas asquerosas!

—Señorita Crandall, no le tolero que hable así de una buena amiga —exclamó el joven, colérico.

—Bah, los hombres son todos iguales. En cuanto ven unos labios que sonríen y un cuerpo seductor, se olvidan de todo. Le diré una

cosa: iba a encomendarle una importante investigación, pero no puedo dar mi dinero al amigo de una mujer que carece de decencia, vamos, que no conoce el significado de la palabra vergüenza. ¡Adiós!

Sonó un «clic». Throne se sentía atónito y desconcertado, pero también furioso. ¿Qué diablos le importaba a Belinda Crandall lo que pudiera hacer, fuese o no en compañía de Harriet Carter? La verdad era, se dijo, que para ser una oficinista, empleaba un lenguaje muy poco escrupuloso.

—Claro que también puedo estar engañado. Quizá no es una oficinista, aunque lo que sí parece seguro es que no llegará a casarse. Y si se casa, ¡pobre de su marido!

Luego pensó una vez más en la libreta de tío Luke.

¿Quién se la había llevado? ¿Quién la había devuelto?

Era un enigma indescifrable.

CAPÍTULO IV

Entró en el Kuck's a las siete y media en punto. Inmediatamente, le desagradó el aspecto del local, aunque, bien mirado, era el sitio lógico al que podía acudir un tipo como Googy.

Harriet estaba sentada en un taburete, en el extremo opuesto del mostrador. La chica se había vestido escandalosamente: traje negro, muy ceñido y corto y, por si fuese poco, con una abertura en el lado izquierdo, que llegaba casi hasta la cadera. Las piernas, preciosas, había que reconocerlo, estaban envueltas en seda negra, pero no se veían los portaligas. Un *completo*, dedujo Throne en el acto.

Ella fumaba, por mediación de una larga boquilla de color negro. Estaba muy maquillada, exageradamente maquillada. Asombrado, Throne vio una enorme cabellera, muy rizada. El color era de un rojo escandaloso, tan vivo como el de sus labios.

Harriet le dirigió una sonrisa profesional, sin dejar de mordisquear la boquilla con los labios. Throne simuló no conocerla y se acercó a la barra.

—*Whisky*, doble —pidió.

No era una bebida de su preferencia, pero pensó que si pedía una cerveza a aquellas horas, haría el ridículo.

—Al momento, señor —contestó el *barman*.

Mientras le servían, Throne paseó la vista a su alrededor. ¿Cuál de aquellos tipos, ninguno de ellos de aspecto recomendable, era Googy?

El *barman* pareció adivinar sus dudas.

—El señor, sin duda, busca a un tal Googy —dijo.

Throne sonrió, a la vez que ponía dos dólares sobre la barra.

—Sí —admitió.

—Reservado número tres, señor. Gracias, señor.

Throne tomó un sorbo de *whisky*. Luego abandonó el taburete y se dirigió hacia una puerta que daba a un largo pasillo. Una vez en

él, buscó el número tres y abrió.

—Googy —dijo.

Había un hombrecillo medio calvo, de nariz ganchuda y ojos como bolitas, sentado al otro lado de la mesa. El joven entró y cerró a sus espaldas.

—Soy Throne.

—¡Rayos! —dijo Googy.

—¿Qué pasa? ¿Me encuentra algo raro?

Googy se puso en pie.

—Oiga, usted parece... un universitario...

—Soy profesor —contestó Throne sonriendo, aunque no indicó cuál era su especialidad—. Bien, Googy, me parece que le debo cincuenta «pavos», aunque el día en que usted me dio aquella información sobre Herston, sospeché que creía que hablaba con mi tío.

—No me fijé mucho en la voz, si he de serle sincero. ¿Era usted pariente del viejo Luke?

—Hijo de su hermano. Bien, Googy, ¿por qué no empezamos?

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó el confidente.

Throne sacó veinte billetes de diez dólares.

—Cincuenta que le debía y otros cincuenta por la información —dijo—. ¿Quién mató a mi tío?

—Desde luego, un profesional, aunque no se me ocurre quién pueda ser.

—No hemos adelantado mucho, Googy —se quejó el joven.

—Aguarde un momento, muchacho. Voy a darle un nombre y una dirección, pero tenga cuidado. Muerde como una serpiente de cascabel.

—Horrible —sonrió Throne.

—El nombre de Russ Lewe. Tiene una agencia de transportes, pero a partir de las diez de la noche, puede encontrarlo en el Crazy Duck. Es el dueño. Sé que Lewe y su tío no eran demasiado amigos, pero es todo lo que puedo decirle al respecto.

—Apostaría algo a que Lewe está en perpetuo conflicto con la ley.

Googy hizo una mueca que quería ser una sonrisa de aprobación. Throne recordó algo súbitamente.

—¿Por qué me indicó usted la dirección de Herston?

—Estaba escondido. Debía declarar como testigo principal en un juicio contra Lewe. Si se presentaba ante un tribunal, Lewe iría a parar a la cárcel para un montón de años.

—Una mujer me preguntó por la dirección de Herston poco después de que usted me la indicase —dijo Throne pensativamente—. ¿Tiene alguna idea de quién puede tratarse?

—Lo único que sé es que el viejo Luke me dijo que había encontrado un cliente de grandes posibilidades, pero no añadió más detalles. A mí me encargaba muchos informes y ahora pagaba bien. Hubo una temporada en que Luke estaba poco menos que arruinado, pero en la actualidad, marchaba viento en popa.

—Averiguaré quién es ella. Otra pregunta, Googy. ¿Conoce a Layden?

El «soplón» dio un salto en el asiento.

—¡Layden! —repitió.

—Sí, el mismo. ¿Qué pasa? ¿He pronunciado el nombre del diablo?

—Casi —dijo Googy—. Muchacho, un consejo: huya de Layde. No le busque las cosquillas o lo sentirá. ¿Ha oído hablar de la matanza de Poplar's Road?

—No. ¿Qué pasó?

Googy hizo un sucinto relato del suceso. Al finalizar, dijo:

—Se sospecha de Layden y de dos de los más fieles esbirros, Buzz Penton y Larry Dekker, dos verdaderos «torpedos», unos tipos que tienen el índice muy nervioso. No se meta con ellos, muchacho.

—Déjelo de mi cuenta, Googy —sonrió Throne—. ¿Trabajan por su cuenta o tienen «amo»?

—Yo diría que el «amo» es Grat Booney, pero no lo tome como algo seguro, Booney, desde luego, es rival de Lewe. No puedo decirle más, créame.

—Salvo el domicilio de Booney, por supuesto. Y el de Layden.

Googy asintió. Throne había llevado consigo la libreta de su tío e hizo la anotación correspondiente. Al terminar, la volvió de nuevo al bolsillo.

—Gracias por todo, Googy. Si le necesito, usaré el teléfono —se despidió.

Abandonó el reservado. Harriet le dirigió una rápida mirada. Throne sacó el pañuelo y fingió secarse el sudor de la frente.

Harriet asintió con gesto apenas perceptible. Luego, Throne, con paso medurado, se dirigió hacia la salida.

Desde el escenario llegaba el rumor de las risas del público, que celebraba los chistes del humorista que rellenaba el espacio entre dos números de bailarinas. Throne avanzó con aire despistado por los pasillos, hasta que un tipo mal encarado le cerró el paso.

—Aquí no se puede estar, amigo —dijo.

—Busco al señor Lewe —manifestó el joven, impasible.

—No sé si podrá... ¿Cómo se llama usted?

—Throne.

—Aguarde aquí.

Throne atisbo a través de una cortina. Una hermosa joven salía en aquel momento. Tenía un tipo escultural y una voz muy agradable.

Momentos después, sintió que le tocaban en el hombro.

—El señor Lewe no quiere recibirle —dijo el mismo sujeto de la vez anterior.

Throne sonrió levemente.

—Vamos allá —murmuró.

—Oiga, le he dicho...

—Chico, mire mi mano. Está dentro del bolsillo y el revólver es muy pequeño, pero puede abrirle perfectamente un agujero diez centímetros más arriba del ombligo.

El tipo se sobresaltó. Cambió de color y tartamudeó algunas palabras.

—Oiga, yo no quiero entrar en esta clase de líos... Venga y allá se las entienda usted con el jefe.

—Sí, eso es lo que pienso hacer.

Siguiendo al sujeto, a través de un oscuro corredor, Throne se detuvo poco después ante una puerta con la indicación de «Privado». Su guía se marchó, farfullando maldiciones.

—Si esto sigue así, me buscaré otro empleo más tranquilo...

Throne comprendió que el individuo no era precisamente un hampón, sino un empleado del local, quien, no obstante, debía de conocer muchas de las actividades de su dueño. Levantó la mano derecha para llamar, pero, de pronto, cambió de idea y asió el pomo.

Abrió un par de centímetros. Alguien hablaba por teléfono en

aquel momento.

—¡Te digo que yo no he sido! ¡No, no tengo la menor idea de quién pudo hacerlo! ¡Esto es cosa de la «Dama Fantasma»! ¿Cómo? ¿Qué estoy loco? Tú sí que... ¡Escucha, maldito imbécil, vete al infierno y déjame en paz de una vez por todas!

El teléfono golpeó bruscamente la horquilla. Throne asomó la cabeza un poco más.

—Hola —dijo alegremente.

Russ Lewe saltó en su sillón. Era un hombre de mediana estatura, calvo, afeitado el poco pelo que le quedaba y de manos gordezuelas y adornadas con rutilantes sortijas. Sus ojos porcinos contemplaron con furia al intruso.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Throne.

—¡Está muerto!

—¿Lo mató usted?

Lewe se puso en pie.

—¿Es usted su hijo? —preguntó, creyendo comprender.

—No, hijo de su hermano mayor.

—Bien, no puedo decirle nada de ese asunto. ¡Lárguese!

Throne entró y cerró la puerta. Entonces se dio cuenta de que había un hombre al otro lado.

—¿Qué tal? —sonrió.

—¿Lo echo, jefe? —preguntó el esbirro.

—Sí, Dane.

El hampón se acercó a Throne. Alargó una mano y le quitó las gafas, que arrojó despectivamente a un lado.

—No quiero dañarle la vista —dijo, a la vez que, con aire displicente, se echaba aliento en los nudillos.

De pronto, disparó el puño derecho. Una mano salió al encuentro y paró el golpe, con la firmeza de un muro de cemento.

Dane Charles se quedó atónito... A Lewe se le abrió la boca desmesuradamente.

Throne sonreía. Charles emitió un juramento y saltó a un lado, para buscar una mejor posición de ataque. Entonces, Throne dio un salto de casi dos metros de altura. Al llegar al punto máximo, movió los dos pies sucesivamente, con enorme rapidez.

Charles se derrumbó sin sentido. Throne cayó, rebotó como una

pelota y se levantó de nuevo.

—Podemos seguir hablando —dijo jovialmente—. Ah, le felicito por la alfombra; ha evitado que se me rompieran los lentes.

Lewe reaccionó entonces. Abrió un cajón de su mesa y sacó un revólver. Throne se vio encañonado al incorporarse, después de recobrar las gafas.

—Márchese o dispare —dijo Lewe.

—Pero, hombre, si no quiero hacerle ningún daño. Lo único que le pido son un par de minutos de conversación...

—¡No tenemos nada que hablar, maldita sea!

—Lewe, usted está muerto de miedo. ¿A quién teme? ¿A Booney?

La mano de Lewe se paseó por sus labios. El revólver fue a parar a un lado de la mesa.

—Booney cree que lo hice yo —dijo.

—¿Qué es lo que hizo usted?

—No he dicho que lo hiciera; sólo digo que Booney lo cree... Bueno, la muerte de Herston.

—Esa defunción le ha resultado altamente beneficiosa, tengo entendido.

—Lo admito, pero no ordené nada al respecto. A Booney le convenía que Hersten fuese a declarar ante un tribunal. Yo hubiera ido a parar a la cárcel y...

—Y Booney habría perdido a un peligroso competidor, ¿no es eso?

—A veces, sin embargo, pienso que lo hizo el propio Booney —dijo.

—¿Por qué?

—Hombre, todos, más o menos, sabían que no me convenía que Hersten declarase ante el juez. Pero su muerte a tiros me compromete mucho más, ¿lo entiende ahora?

—Sin embargo, no habiendo pruebas...

—No las hay, pero estoy en una situación incómoda respecto a la Policía. La verdad, casi preferiría que Hersten viviese y pudiera ir a declarar.

—Eso ya no puede ser, Lewe. ¿Quién mató a mi tío?

Los menudos ojillos del sujeto estudiaron críticamente la silueta del hombre que tenía ante sí, joven, alto, de anchos hombros...

Suspiró; Throne era tal como a él le habría gustado ser.

—El único nombre que se me ocurre es el de Pat *el Silencioso* —dijo al cabo—. Pero pierde el tiempo, si piensa buscarlo. Nadie sabe cómo encontrarlo.

—Alguien debe de saberlo, puesto que lo contrataron para un asesinato. Y, supongo, el apodo debe de tener alguna relación con su habilidad para disminuir el censo demográfico.

—Sí, es cierto. De todos modos, si yo conozco el nombre de Pat *el Silencioso*, es de oídas. Nunca le he visto ni he intentado contratarle, ni se me ocurriría siquiera. Le aseguro que soy sincero, Throne.

—¿Tiene que ver Booney con este asunto?

Lewe se encogió de hombros.

—Puede —contestó.

Throne sonrió.

—Está bien. Quizá volvamos a vernos, Russ. Gracias por todo —se despidió.

—No vuelva más por aquí —masculló el individuo.

Charles despertó poco después.

—¿Qué... qué me ha pasado? —preguntó, frotándose todavía la mandíbula, dolorida y tumefacta.

—Ha pasado que eres un imbécil —contestó Lewe de mal talante—. Pero no perdamos más tiempo. Busca a Crory y dile que venga inmediatamente.

Hatt Crory llegó minutos más tarde. Era un sujeto de unos treinta y tantos años, estatura mediana y rostro estólido. Lo cual no significaba que fuese tonto precisamente.

—Throne ha estado aquí —dijo Lewe.

—Pero si ha muerto...

—¡El sobrino, imbécil! Por lo visto, sigue en el negocio. Tú vas a seguirlo a él. No quiero que te pierdas uno solo de sus pasos, ¿comprendes?

—No le conozco. No sé dónde está...

Lewe agarró a su esbirro y lo condujo ante una de las varias pantallas de televisión que había junto a una pared, mediante las cuales controlaba los movimientos del local. Sentado a la barra, contemplando las evoluciones de las bailarinas, había un hombre joven, con lentes, muy entretenido en el espectáculo.

—Ahí lo tienes —dijo—. Conviértete en su sombra, Hatt.

—Está bien, jefe.

CAPÍTULO V

Throne se había quedado unos minutos para ver el espectáculo. Al cabo de un buen rato, abandonó el local y subió a su coche.

Otro automóvil le siguió a continuación. Throne no se dio cuenta de la persecución de que era objeto.

Veinte minutos después, encontró un hueco para estacionar el coche. Rezongó algo entre dientes. Había casi una manzana hasta la casa de Harriet.

Caminó a pie. Crory le siguió en absoluto silencio. Throne no volvió la cabeza una sola vez.

Momentos después, llegaba a la puerta. Buscó el timbre correspondiente al departamento al que deseaba ir y lo presionó un par de veces. A los pocos segundos oyó una voz en el micrófono de la puerta:

—¿Quién?

—Jack, nena.

—Oh... está bien, ahora mismo te abriré.

En aquel instante, otra voz pronunció el nombre de Throne. El joven se volvió.

Un hombre, cuyo rostro no podía distinguir, a causa del sombrero y pañuelo negro que cubría sus facciones por completo, estaba delante de él, a unos diez metros de distancia. En su mano derecha, apoyada por la muñeca en la otra mano, brillaba el metal de una pistola con silenciador.

Throne oyó el zumbido del portero eléctrico y se lanzó desesperadamente hacia su izquierda, justo en el preciso instante en que salía el tiro. Detrás de él sonó un leve gemido.

El asesino maldijo al ver que había errado el tiro. Pero la puerta, enverjada y con cristales translúcidos, se cerraba ya. Giró en redondo y escapó a la carrera. Poco más adelante, normalizó el paso, se quitó el pañuelo y caminó apaciblemente, sin que nadie

reparase en él de una forma particular. Era un transeúnte más, de los pocos que circulaban por la calle a tales horas.

Harriet abrió la puerta.

—Hola —sonrió, a la vez que alargaba un brazo—. Creí que no vendrías...

—Tenía ganas de hablar contigo —dijo—. ¿Sabes que han estado a punto de matarme?

Ella palideció.

—Bromeas, Jack.

Throne apagó la luz. Luego se encaminó hacia la ventana, apartó las cortinas y alzó el bastidor.

Un coche de patrulla se había detenido en la calle, junto a la acera. Harriet se asomó también y vio a los dos policías correr hacia el cuerpo que yacía boca abajo, con una gran mancha oscura bajo la cabeza.

—Jack, ¿qué ha pasado? —preguntó.

Throne bajó el bastidor.

—Creo que nadie, salvo el asesino, me ha visto entrar —contestó—. Pero un pobre desgraciado venía tras de mí y se ha encontrado con la bala que me estaba destinada.

—No he oído ninguna detonación...

—Hay silenciadores, nena. —Throne encendió la luz—. ¿Puedes preparar café?

—Sí, claro.

Throne se quitó la chaqueta. Buscó algo de beber; necesitaba un trago. Estaba vivo por fracciones de segundo, pensó.

Harriet vino muy pronto.

—¿Viste al asesino? —preguntó, mientras llenaba una taza.

—Llevaba un sombrero y la cara tapada con un pañuelo. Supongo que se lo quitaría al otro lado de la esquina. De todas formas, me imagino quién es, Harriet.

—Interesante —comentó ella.

—Pat *el Silencioso*. Así le llaman y eso es todo cuanto he podido averiguar esta noche. Pero creo sinceramente que es el que mató a Herston y a mi tío.

Harriet se sentó en el diván.

—Cuéntame —solicitó.

Throne habló durante algunos minutos. Al terminar, ella se

sintió muy preocupada.

—Es un asunto de gran envergadura —dijo.

—¿Drogas?

—No creo. Probablemente, la lucha por el poder.

—Sí, creo que entiendo. A propósito...

—Aguarda un momento, Jack —le interrumpió ella—. Has hablado con Googy.

—Sí, claro.

—Yo llegué al Kuck's a las siete en punto. Googy llegó cinco minutos después. Habló con un hombre y éste se marchó muy pronto. Jack, no pude escuchar la conversación, pero el aspecto del sujeto me resultó muy desagradable.

—Describemelo, por favor —pidió él.

Harriet accedió. Al terminar, Throne dijo:

—Layden, no pudo ser otro.

—Layden es el que buscaba cierta libreta, ¿no?

—En efecto. Pero ¿qué diablos pudo decirle a Googy? Él no me lo mencionó siquiera...

—Cuidado, Jack; Googy es de los que juegan a dos paños.

Throne la miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

Harriet se atusó el pelo con coquetería.

—En el Golden Nest se oyen muchas cosas —respondió—. Lo que conviene es tener la boca cerrada... salvo en determinadas circunstancias.

—Por ejemplo, cuando estoy a tu lado.

—Sí.

Throne sonrió.

—Estabas espectacular —dijo—. Pero ahora tienes el pelo rubio...

—¡Tonto! —rió ella—. ¡Era una peluca!

—Ahora lo veo. Nena, no estoy acostumbrado a tratar a las mujeres —murmuró el joven.

Harriet le echó los brazos al cuello.

—Estoy dispuesta a ser tu profesora —murmuró ardientemente.

Throne besó aquellos labios que se le ofrecían tan tentadores. Pero apenas los había rozado con los suyos, se retiró vivamente.

—¡Ella! —exclamó.

—¿Quién? —Se sobresaltó Harriet.

—Belinda Crandall. ¿La conoces?

—No, nunca he oído hablar de ella. ¿Quién es?

—Belinda sí te conoce a ti. Hoy me llamó por teléfono y me puso verde... No sé qué diablos quiere esa solterona...

Harriet le miraba con interés. Throne parecía muy preocupado.

—Y la «Dama Fantasma» —añadió.

—Jack, no entiendo ese jeroglífico —dijo ella.

—Yo tampoco, pero creo que pronto voy a poder descifrarlo.

—Te ayudaré. Es decir, si me lo permites...

Throne sonrió.

—Eres una chica encantadora —dijo.

Y esta vez, el beso duró largo rato.

Throne durmió hasta bien entrada la mañana. Al despertar, fue al baño, todavía medio dormido, y sólo entonces se dio cuenta de que no estaba en su casa.

Cuando estaba secándose, una cabeza rubia asomó por la puerta:

—El desayuno está en la mesa, dormilón —dijo Harriet.

—Anoche debía de estar un poco cansado —sonrió él.

Harriet soltó una risita. Throne terminó de vestirse y, en mangas de camisa, acudió a la sala, siguiendo el rastro de un atractivo olor de café, tocino y huevos fritos.

Después de terminar, ella le entregó el *Saint Louis Dispatch*.

—Ya se sabe quién es el hombre que murió anoche, cerca de la puerta de casa —dijo.

Throne leyó la noticia. El policía encargado de la investigación, declaraba que no se tenía la menor pista del asesino de Hatt Crory, aunque se suponía que era un crimen motivado por diferencias entre dos bandas.

—¿Qué te parece? —preguntó Harriet.

—Por lo que puedo recordar, el tipo estaba detrás de mí. Es decir, cuando yo me aparté, él recibió el balazo. Puede que se trate de una coincidencia... pero quizá estaba, siguiéndome.

—Yo también lo creo así. ¿Tienes su nombre registrado en la libreta?

—Oh, es verdad...

Throne se levantó para buscar el cuaderno en su chaqueta. Al cabo de unos segundos, leyó:

—Crory, Hatt, *Crazy Horse*, Russ Lewe.

—Está bien claro. Crory trabajaba para Lewe. Tú estuviste hablando con Lewe y éste ordenó a Crory que te siguiese... o quizá algo peor.

El joven se quedó muy pensativo, mientras tabaleaba con los dedos sobre la cubierta de la libreta. De pronto, volvió a abrirla.

Harriet le contemplaba con gran atención, aunque en silencio, para no interrumpir sus reflexiones. Al cabo de unos segundos, Throne cerró nuevamente la libreta y miró con fijeza a la hermosa muchacha que tenía ante sí.

—Guárdala —dijo.

Harriet se sobresaltó ligeramente.

—Es muy importante, Jack.

—Lo sé. Por eso mismo te pido que la guardes en algún sitio discreto. A propósito, ¿tienes un duplicado de la llave de tu casa?

Momentos después, Troné se echaba la llave al bolsillo.

—No sé cuándo volveré —dijo—. Voy a hacerte una advertencia: si alguien te llama por teléfono y dice que soy yo, no le hagas caso. Si te llamo yo, te diré el apodo que me daban en la Universidad.

—Vaya —rió ella—. Tienes un apodo...

—Búho. ¿Qué te parece?

—Nada adecuado, Jack.

—Mis compañeros decían que sí era adecuado. El búho es uno de los emblemas de la sabiduría. ¿Lo comprendes ahora?

Harriet le besó en una mejilla.

—Cuídate, cariño —recomendó.

Al salir de la casa, Throne fue en busca de su coche y lo hizo arrancar. Se dirigió a su oficina, abrió y se sentó tras la mesa, para hacer a continuación una llamada telefónica.

—Googy —dijo a poco una voz ronca.

—Hola. Soy Throne. ¿Qué te parece si le dejo a Mac cien «pavos»?

—Estupendo, desde luego. ¿De qué se trata?

—Pat el Silencioso.

Hubo una corta pausa.

—¿Googy? —dijo Throne.

—No sé nada —respondió el confidente con voz atropellada.

—Googy, sé que ayer, antes de que yo llegase, estuvo hablando

con Layden. No me gusta la gente que juega con dos barajas.

—¡Rayos! ¿Quién le ha dicho...?

—Tengo un buen sistema de espionaje. ¿De qué habló con Layden?

—Bueno... Él sabía que yo, a veces, proporcionaba informes a su tío. Me pidió detalles sobre usted, eso es todo.

—Si eso es todo, que siga así, pero no se vaya de la lengua o se la arrancaré —amenazó el joven—. Googy, le he preguntado sobre Pat *el Silencioso*.

—No sé nada. Investigaré.

—Pero lo conoce.

—He oído hablar de él.

—¿Ha oído hablar también de la «Dama Fantasma»?

—Vagamente. Nadie sabe quién es, menos aún que el Silencioso.

—Está bien, le llamaré dentro de veinticuatro horas. Si me da noticias que valgan la pena, cuente con los cien dólares.

Throne dejó el teléfono sobre la horquilla y sacó del bolsillo de su chaqueta un papel en el que había hecho algunas anotaciones, para no llevar consigo *la libreta*. Al cabo de unos momentos, agarró el teléfono nuevamente.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Pase! —dijo.

Una figura humana apareció en el umbral. Throne se puso en pie lentamente y sonrió.

—Parece que ha cambiado de opinión, señorita Crandall —dijo.

Ella parecía avergonzada.

—He venido a pedirle perdón —manifestó—. Dije cosas inconvenientes... y no me di cuenta de que usted es un hombre joven y que tiene derecho a... a ciertas expansiones...

Sonriendo, Throne agarró el respaldo del otro sillón.

—¿Por qué no se sienta, Belinda? —dijo.

—Gracias. Es usted tan gentil...

—No diga cosas raras. ¿Quiere que haga un poco de café?

—No se preocupe. Quisiera pedirle un favor, señor Throne.

—Muy bien, Belinda, aunque, ¿por qué no me llama Jack? Le ofrecería cigarrillos, pero no fumo.

—Yo tampoco —contestó ella—. Escuche, tengo un pretendiente... Ya es algo maduro, se llama Benny Corrigan y vive

en un barrio residencial... Ahora le daré las señas —añadió, mientras abría el bolso—. No puedo pagarle mucho, aunque sí tengo doscientos cincuenta dólares...

—Belinda, dejemos ahora la cuestión del dinero. ¿Qué le ocurre con Benny Corrigan? Ella sonreía tristemente.

—Míreme —dijo—. Tengo ya treinta y dos años y nunca he sido bonita. Hace algún tiempo, Benny me propuso matrimonio y yo dije que sí... pero las semanas y los meses pasan y él no se decide a fijar la fecha de la boda. Deseo saber si está casado. Sospecho que sí, pero no estoy segura.

—Creo que entiendo —contestó Throne, mientras tomaba la tarjeta que le entregaba la joven—. Usted lo que quiere es salir de dudas.

—Exactamente. No puedo continuar en esta situación de incertidumbre. Aunque, si he de serle sincera, diré que ya he desechado mis ilusiones.

Throne dirigió una mirada de simpatía a su visitante.

—Tengo bastante trabajo estos días, pero haré lo posible por complacerla —manifestó—. Incluso pienso visitar a Corrigan. No me gustan los tipos que actúan de esa manera. Al menos, si estaba casado, no debió pedirla en matrimonio. Pero... quizá le sacó algún dinero...

Belinda bajó la cabeza.

—Cinco mil dólares —musitó—. Dijo que los necesitaba para un negocio muy importante y que me los devolvería pronto. Eran todos mis ahorros y yo, crédulamente, accedí a su petición. Pero ya ha pasado un año y no dice nada de devolverme el dinero ni de la boda... Sospecho que es un timador...

—¿Conserva algún recibo?

—¿Cómo iba a pedirle recibo? Estaba enamorada de él. Creía que era un caballero, Jack.

Throne meneó la cabeza. Largo rato, después de haberse marchado la atribulada visitante, pensó que era un asunto viejo como el mundo.

—Por lo menos, desde que los fenicios inventaron el dinero —terminó así sus reflexiones.

A continuación, hizo una llamada telefónica. Cuando Lewe se puso al aparato, Throne le dio su más sentido pésame. Lewe

contestó con una sarta de injurias, a las que el joven correspondió con una burlona carcajada.

Luego llamó a Grat Booney. Alguien dijo que Booney no sentía el menor deseo de hablar con un tipo que llevaba el apellido Throne y que lo mejor que podía hacer era olvidarse de Booney para siempre o tendría que lamentarlo.

—Muy bien, en tal caso, díglele que cualquier día de éstos le visitará la «Dama Fantasma» —contestó el joven desenvueltamente.

Se oyó un grito de sorpresa. Sonriendo, Throne dejó el teléfono en su sitio.

Luego se reclinó en el sillón, juntó las yemas de los dedos y entornó los ojos, concentrándose en sus reflexiones. Así estuvo un buen rato, hasta que, de repente se le ocurrió una idea.

CAPÍTULO VI

Pasado el mediodía, marcó de nuevo el teléfono de Booney.

—¿Quién? —preguntó alguien.

—Deseo hablar con el jefe —dijo Throne.

—Está ocupado...

—Dígale que soy Pat.

Throne había alterado la voz deliberadamente. Al otro lado del hilo sonó una exclamación ahogada.

—Aguarde —dijo el sujeto.

Segundos después, Throne escuchaba una voz diferente.

—¿Qué diablos sucede? ¿Por qué me llama a estas horas?

—Lo siento, no he tenido otro remedio. Oiga, esto es más serio de lo que parece. ¿Ha leído los periódicos?

—¿Se refiere a Crory?

—Sí. Pero los periódicos no dicen todo lo que pasó.

—¡Pat, no me tomes el pelo! —Rugió Booney.

—Estoy diciendo la verdad. Y gracias que puedo hablarle; Throne me chamuscó una oreja. También él iba armado.

—Demonios, yo no...

—¿Quiere que siga adelante?

—Sí, claro.

—Entonces, suelte dos mil más. Y ha de ser hoy mismo o llamaré a Throne por teléfono y se lo contaré todo.

—Escucha, Pat, ten un poco de paciencia...

—A las diez de la noche en el lado sur del River Park. Envíe a alguien de confianza con la «pasta». Eso es todo.

Throne colgó el teléfono, satisfecho del éxito de su argucia. Sí, ahora ya sabía que Booney era el hombre que había ordenado su asesinato.

Pero esto le interesaba menos que encontrar a él Silencioso.

Porque estaba seguro de que era el asesino de su tío.

A las siete de la tarde, calculando que tendría tiempo de sobra, abandonó el apartamento y se encaminó a la dirección que le había indicado Belinda Crandall.

El coche quedó a prudente distancia de la casa de Corrigan. Era un edificio sencillo, de una sola planta, rodeado por un pequeño jardín, vallado solamente por tres lados. El lado correspondiente a la calle estaba libre y había un camino de cemento que conducía al garaje.

Throne estudió la casa durante unos momentos. Había luz en un par de ventanas. Alguien leía, sentado en un sillón.

Al cabo de un rato de observación, se acercó al edificio y dio la vuelta por detrás, para entrar por la puerta de la cocina. El dueño de la casa no se dio cuenta de que tenía un visitante, hasta que Throne tosió a unos cuantos pasos del sillón.

Corrigan alzó la cabeza y miró al joven tranquilamente.

—No le he oído entrar, señor —dijo.

—He entrado sin llamar —sonrió Throne.

—Entonces, tendré que llamar a la Policía.

—¿Por qué no? —Throne se sentó en una butaca y cruzó las piernas desenvueltamente—. Hágalo, se lo ruego.

Corrigan sonrió. Era un individuo de unos cuarenta años, bien parecido, y con todo el aspecto de ser el dueño de sus actos en todo momento.

—Me siento lleno de curiosidad —dijo—. ¿Por qué ha venido a verme, señor...?

—Throne, Jack Throne. Estoy aquí por encargo de la señorita Crandall.

—¿Crandall? No me suena el nombre, señor Throne.

—Hace algo más de un año, usted le pidió prestados cinco mil dólares, con promesas de matrimonio. No se ha casado con ella ni le ha devuelto el dinero.

—Ah, usted se refiere a Belinda... Es cierto, lo había olvidado. —Corrigan meneó la cabeza—. Pobre chica —añadió.

—¿Qué le pasa? —preguntó Throne.

—Hace cinco años, sufrió un desengaño amoroso y estuvo una larga temporada bajo los cuidados de un psiquiatra. Pero creo que no quedó bien curada del todo. Yo la tenía empleada en mi oficina y sospecho que ella se enamoró de mí. Tengo la sensación de que

me parecía algo al hombre que la abandonó. Pero eso es todo, señor Throne.

El joven se sintió desconcertado.

—Ella me dijo...

—Es una ilusa, la pobre. Me acosaba demasiado y tuve que despedirla. Siento desilusionarlo, pero todo lo que le he contado es la pura verdad. Belinda vive bajo el influjo de una obsesión; usted ya sabe lo que pasa con ciertas personas, que se dejan absorber la mente por una idea determinada.

—Sí, me lo imagino. —Throne emitió una sonrisa de circunstancias—. Me parece que he hecho el ridículo —añadió.

—No se preocupe; usted no podía conocer el estado mental de Belinda. Pero si ella insistiera en su actitud, tendría que tomar ciertas medidas para evitar que me molestase. No puedo continuar en esta situación, compéndalo.

—Oh, por supuesto.

De pronto, se oyó cierto ruido en otra de las habitaciones de la casa. Corrigan se puso en pie vivamente.

—¿Ha venido alguien con usted, señor Throne? —preguntó, con acento lleno de severidad—. Si es así, estaría pasándose de la raya...

—Le aseguro que vine solo —contestó el joven.

Corrigan lanzó el periódico a un lado y corrió hacia la puerta de la que procedía el ruido. Al abrirla, Throne divisó un dormitorio, con la ventana abierta y las cortinas ondeando a causa del viento que entraba por el hueco.

Alguien saltaba en aquel momento por la ventana. Throne divisó una silueta vestida de negro, pero no pudo captar más detalles, porque el intruso desapareció de su vista en contados segundos.

Corrigan lanzó una furiosa exclamación y se volvió hacia el joven.

—Usted ha tratado de distraer mi atención, mientras su cómplice me robaba —exclamó.

—Le aseguro que vine solo —respondió Throne. De pronto, se dio cuenta de que Corrigan estaba muy pálido—. ¿Tenía algo interesante en el dormitorio?

—Váyase, váyase de inmediato. Dígle a esa loca de Belinda Grandall que no me moleste más o haré que la encierren en un

manicomio por el resto de sus días. ¡Vamos, fuera de aquí!

Throne abandonó el edificio, con la vaga sensación de que alguien le había utilizado para sus fines particulares. En la casa no se advertían señales de que viviese una mujer, la señora Corrigan, pero, en cambio, el dueño, daba la impresión de sentirse algo más que molesto por lo que, aparentemente, no era sino la intrusión de algún vulgar caco.

No le gustaba ser manipulado, resumió así sus pensamientos. Y se lo diría a Belinda, apenas se la echase a la cara.

Pero eso tendría que esperar al día siguiente, por lo menos. Ahora le convenía acudir a la cita que tenía con el enviado de Booney en el lado sur del River Park.

El parque estaba en sombras, más espesas bajo los árboles. A lo lejos se veían las luces, blancas y rojas, de los coches que desfilaban por la gran arteria de circulación, paralela al río. Fundido con las sombras, una más, Jack Throne aguardaba al pie de un enorme pino ponderoso, de más de veinte metros de altura y tronco que rebasaba el metro de grosor.

Había árboles menores en las inmediaciones. Los macizos de flores llenaban los huecos entre los árboles. Ya no se veían parejas de enamorados en el parque o se encontraban en lugares todavía más oscuros.

A lo lejos sonó la ronca sirena de un barco fluvial. La niebla subía lenta y gradualmente desde las orillas del Missouri. Throne sintió un escalofrío; en aquel lugar, la temperatura era menos agradable de lo que podía suponerse.

Unos pasos sonaron sobre la gravilla del sendero próximo. Alguien se detuvo a pocos pasos de distancia.

—Throne —dijo el sujeto.

—Aquí.

—Traigo el dinero.

—Acérquese.

—No le veo...

—Gire un poco a su izquierda y avance de frente.

El sujeto obedeció.

—Sigo sin verle, Throne —dijo, segundos más tarde.

—Estoy aquí —contestó el joven, surgiendo inesperadamente a espaldas del sujeto.

Throne había ido rodeando el árbol, a medida que el otro avanzaba. Apenas vio una ocasión propicia, saltó sobre él, sujetándole el brazo derecho con la mano y el cuello con su brazo izquierdo. El hombre, sorprendido por la espalda, no tuvo tiempo de reaccionar.

—¿Booney? —preguntó Throne.

—No... Soy Buzz Penton...

—Y tienes una pistola en la mano derecha.

—Oiga, era precaución...

—Sí, ya me lo figuro —rió el joven—. Buzz, voy a apretar hasta romperte el cuello. A menos que me contestes a una pregunta.

—Diablos, no...

—¿Cómo se pone tu jefe en contacto con Pat *el Silencioso*?

—No lo sé.

Throne hizo presión. Penton emitió un extraño gorgoteo y pataleó con furia, pero su fuerza física no podía compararse con la del hombre que le sujetaba con presa indestructible.

Al cabo de unos segundos, Throne aflojó.

—Vamos, habla, Buzz —dijo.

Penton jadeó, en busca de aire.

—Es... llama a un número de teléfono...

—Dímelo.

—No lo recuerdo bien...

Throne volvió a apretar. Penton alzó la mano izquierda, en señal de rendición.

—Está bien, se lo diré... pero, suélteme...

Una pistola fue a parar a la espesura de los macizos cercanos. Penton se frotó el cuello, dolorido.

—Esto... no era lo acordado —se quejó.

Throne rió suavemente.

—Tampoco tú has traído el dinero. Pero te diré una cosa: si el número de teléfono no es el que necesito, hablaré con tu jefe y le diré que te has «chivado». A Booney no le gustará, ¿comprendes?

—Le he dicho la verdad...

—En tal caso, te felicito.

De repente, Throne oyó el leve crujido de unos ramajes cercanos. El instinto le hizo saltar a un lado, tirándose al suelo al mismo tiempo, para rodar varias veces sobre sí mismo, con enorme

rapidez.

Mientras volteaba sobre la hierba, oyó dos chasquidos. Penton lanzó un gemido y se desplomó de espaldas.

Throne permaneció en el mismo sitio durante unos momentos. Alguien escapó a la carrera.

Al cabo de un rato, alzó la cabeza. El peligro parecía haberse alejado.

Con grandes precauciones, se acercó a Penton. El esbirro yacía de espaldas, con un agujero en el pecho y otro en la frente, sobre el ojo izquierdo. Era un aspecto muy poco agradable el que ofrecía y Throne estuvo a punto de vomitar.

Pero logró rehacerse y, en silencio, se alejó de aquel lugar.

CAPÍTULO VII

—Al menos, he conseguido algo —dijo, mientras aceptaba la taza de café que le ofrecía Harriet.

—Suponiendo que Benton no te haya engañado.

—Me pareció sincero, nena.

—Puede ser. —Harriet se sentó frente al joven—. ¿Y ahora, Jack?

—Tengo que aguardar a que Googy me diga algo. Si ha tenido éxito, compararé su informe con lo que me dijo Penton.

—Y buscarás a Pat.

—Sí.

Ella le miró sonriendo.

—Es curioso. Tú, un profesor de gimnasia...

—Eso es algo que no durará mucho tiempo —contestó él sorprendentemente.

—No comprendo —dijo Harriet.

—Me gusta la gimnasia y la natación y todos los deportes, en general, pero debo pensar en el porvenir. Y quiero prosperar.

—A ver, explícame tus proyectos.

—Estudio Historia. Confío en graduarme el año próximo. Entonces, buscaré una Universidad. Hace tiempo que llegué a la conclusión de que la Historia me gusta más que la educación física.

—Llegarás a ser una eminencia —vaticinó Harriet.

—No aspiro a tanto, sino a una vida tranquila, apacible...

—Con tu esposa y los niños, claro.

—Un día me casaré, en efecto. Pero no sé cuándo ni con quién.

Harriet lanzó un prolongado suspiro.

—¡Cómo envidia a tu futura esposa! —exclamó.

Throne fijó la vista en el hermoso rostro de la joven.

—Harriet, tú también te casarás algún día —dijo.

—No, nadie querrá casarse conmigo. Tú sabes bien por qué —

respondió ella melancólicamente.

Throne se puso en pie, alargó una mano y tiró de la de Harriet, obligándola a levantarse.

—Eres una buena chica. Algún día encontrarás a un hombre a quien no le importe tu pasado —aseguró.

Harriet parpadeó varias veces, para limpiar sus ojos de la humedad que había aparecido de repente.

—Anda, vete —dijo, con súbita brusquedad—. Déjame, necesito estar a solas.

—Harriet, si he dicho algo inconveniente...

Ella le empujó hacia la puerta con las dos manos.

—No te preocupes. Buenas noches, Jack.

De pronto, Throne se volvió hacia la joven.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—¡Por favor, vete! —gritó Harriet crispadamente.

—Está bien. Cuida de la libreta.

—Puedes irte tranquilo, Jack.

Throne abandonó la casa, lleno de perplejidad. ¿Qué había motivado aquel súbito cambio de actitud en Harriet?

—Pero si sólo le he dicho cosas agradables... —Preocupado, se rascó la cabeza—. Creo que nunca acabaré de entender a las mujeres —rezongó.

El teléfono le despertó temprano. Todavía con las brumas del sueño, en pijama y descalzo, abandonó el lecho y pasó a la oficina.

—Throne —dijo, mientras se esforzaba por contener un bostezo.

—Soy Booney —exclamó el que llamaba—. Necesito hablar con usted.

—¿Ahora?

—¿Qué le parece a mediodía, en el Kowalski? Se come excelentemente. Encargaré un reservado. Pregunte al *maître*.

—¿Kowalski? —repitió Throne—. Bueno, de acuerdo. A propósito, una pregunta, Booney.

—Sí, diga.

—¿Qué sabe usted de la «Dama Fantasma»?

Throne escuchó un atroz juramento.

—Si la pesco un día... —Booney colgó y el joven se quedó sin saber nada más sobre el particular.

—Bueno, a mediodía sabré algo —se dijo.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Soy el conserje, señor Throne. —Sonó una voz al otro lado.

Throne hizo girar la llave. El rostro sonriente de Mac Dae apareció ante sus ojos.

—Buenos días —saludó el hombre—. Han traído un sobre para usted.

Throne tomó el sobre. Era idéntico al que recibiera en análoga ocasión.

—Gracias —dijo—. Ahora no llevo dinero encima...

—Por favor —sonrió Mac Dae—, no se preocupe por esa minucia. Lo he hecho de muy buena gana.

Al quedarse solo, Throne abrió el sobre. Como esperaba, encontró dos mil dólares en billetes y un trozo de papel con un nombre: Stan Huggiston.

Estuvo indeciso unos momentos. Luego, de pronto, recordó que acababa de levantarse de la cama y se encaminó al cuarto de baño.

Media hora más tarde, empezó a usar el teléfono.

—¿Cómo te encuentras, Harriet? —saludó.

—Mucho mejor, gracias. Jack, creo que anoche no me porté bien contigo...

—No tiene importancia. Escucha, quiero que busques un nombre de la libreta de mi tío. Huggiston, Stan. ¿Te lo deletreo?

—¿Has dicho Huggiston?

—Sí. ¿Acaso lo conoces?

—Claro. Es el dueño del Golden Nest. Un tipo encantador, si no se piensa en ti, por supuesto. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Qué puedes decirme de Huggiston, nena?

—Oh, no demasiado... Es una persona muy decente, créeme. Pero ¿por qué te preocupa tanto?

—He recibido otro sobre con dos mil dólares.

—Oh —exclamó Harriet—. Creo que comprendo. Bueno, yo le tengo cierta simpatía, aunque nunca hubo nada entre los dos. Pero, ya sabes, hay gente que lleva una doble vida...

—¿Tú crees?

—Hombre, si la que te envía el dinero te pide informes de él, por algo será, me parece a mí.

—Sí, quizá. Gracias, guapa.

A continuación, Throne marcó el número de teléfono de Googy.

—He conseguido algo —dijo el confidente—. Pero la cosa vale más de cien...

—¿Doscientos?

—Sí. Escriba...

Throne hizo lo que le decían. Al terminar, dijo:

—Googy, hoy mismo tendrás los doscientos.

Luego comparó el número de teléfono que le había dado Googy con el facilitado por Penton.

Sonrió.

—Penton fue sincero —murmuró.

Sería cosa de hacer una llamada a Pat *el Silencioso*, se dijo, pero en otro momento, cuando dispusiera de tiempo suficiente, sin prisas.

Se acordó de Belinda, pero la joven no estaba en su casa.

—Hablaré después con ella.

A las doce en punto entraba en el Kowalski. Un atildado *maître* salió a su encuentro.

—¿Señor?

—Soy Throne. Me espera el señor Booney.

—Sí, señor. Sígame, por favor.

El *maître* le acompañó hasta la escalera que conducía al primer piso.

—Puerta número nueve, señor —indicó.

—Muchas gracias.

Al llegar arriba, Throne se encontró con dos tipos en el corredor. Uno de ellos le detuvo con un gesto de la mano.

—Usted es Throne.

—Sí.

—Permítame un momento.

El hampón le registró rápida y diestramente.

—No llevo armas —sonrió Throne—. Nunca las he utilizado.

—Así es mejor. Entre.

Throne abrió la puerta. Booney estaba al otro lado de la mesa del amplio reservado, mirándole fijamente.

La inmovilidad del sujeto extrañó no poco a Throne. De pronto, al estudiar su aspecto, vio algo rojo en el centro del pecho.

Lentamente, se volvió hacia los dos esbirros y dijo:

—Ustedes son los guardaespaldas de Booney, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Qué pasa?

—No mucho. Está muerto.

—Hubo un jaleo —dijo Throne—. El *maître del restaurante se ha quedado calvo, de tanto tirarse de los pelos.*

Harriet se echó a reír.

—¿Te han molestado mucho los policías? —preguntó.

—Un poco. Declaré que Booney me había invitado a comer, para hablar de algunos asuntos pendientes que tenía con mi tío Luke, pero que no había sido muy explícito en la conversación previa telefónica. Los guardaespaldas sí están detenidos, por sospechosos, aunque, por supuesto, no ha sido ninguno de los dos.

—¿Cuánto tiempo llevaba Booney en el restaurante? —preguntó Harriet.

—Unos diez minutos, más o menos. La Policía cree que el asesino entró por el patio de carga. Se encontró una escalera de mano adosada a la pared. Había una ventana del reservado que daba a ese patio.

—En ese caso, no hace falta ser un lince para saber la forma en que han asesinado a Booney.

—Sí, sobre todo, si se piensa que el asesino usó silenciador. La ventana queda a la derecha de la puerta del reservado, que es el último de aquella hilera. Por tanto, el asesino se asomó y disparó un tanto oblicuamente. Incluso es posible que llamase la atención de Booney para obligarle a que se volviera un poco, ya que estaba sentado casi frente a la puerta, algo a la izquierda, según la posición del que se dispone a entrar. El caso es que ha sido un asesinato rápido, eficiente... y que nadie se ha enterado de nada ni ha visto tampoco al asesino.

Harriet se mordió los labios.

—Pasan cosas muy raras, ¿no crees? —dijo.

Throne hizo un movimiento con los hombros.

—Demasiado raras —convino—. De todos modos, yo empiezo a pensar en una cosa.

—¿Sí, Jack?

—Parece como si alguien quisiera limpiar de hampones la ciudad. Por lo menos, de una parte de ellos. No sé, es una sensación subjetiva... y quizá la «Dama Fantasma» tenga mucho que ver con el asunto.

—Me gustaría conocerla —sonrió Harriet—. Debe de ser alta,

como yo, de pelo muy negro y mirada profunda, magnética...

—¿Lees muchas novelas de aventuras? —dijo Throne de buen humor—. A propósito, ¿sigues pensando que Huggiston lleva una doble vida?

—Era una sugerencia solamente. Ya te he dicho que lo considero un hombre muy agradable. Pero si el que te envió el dinero sospecha de él...

—¿Por qué crees que debe sospechar de Huggiston?

—Bueno, a juzgar por lo que me has dicho, tu tío trabajaba para ese desconocido y obtenía informes de las personas que le interesaban. ¿Recuerdas la matanza de Poplar's Road?

—Sí, desde luego.

—El nombre de Corito, su abogado y los guardaespaldas, figuran en la libreta. El hombre de los dos mil dólares debió de pedir informes a tu tío.

—¿Y después...?

—Después, cruzó un árbol en el camino y empezó a tirar bombas y a disparar una pistola ametralladora contra el coche.

—Parece ser que no actuó solo —dijo Throne.

—Eso no invalida el hecho. Corito y los suyos murieron.

—¿Se lo merecían?

—Sí. Corito fue acusado del asesinato de una tal Diana Gray, pero fue absuelto por falta de pruebas. A la media hora de haber sido puesto en libertad, murió en el camino de Poplar's Road.

—Eso viene a corroborar todavía más mi hipótesis. Alguien quiere limpiar de hampones la ciudad. —Throne apuró el café de su taza y se puso en pie—. Bien —sonrió—, tengo trabajo.

—¿Vigilar a Huggiston?

—Sí.

—Yo me quedaré en casa. Llámame si averiguas algo... y si te parece bien, por supuesto.

Harriet le llamó cuando ya se disponía a salir.

—Por cierto, ¿qué sabes de la Crandall? —preguntó.

Throne fingió barrenarse la sien con el índice derecho.

—Eso —contestó sobriamente.

CAPÍTULO VIII

Durante largo rato, Throne permaneció en la barra del Golden Nest, simulando apreciar el contenido del *whisky* doble que había pedido a su llegada. Ya sabía quién era Huggiston y comprendió que Harriet hubiese hablado tan bien de él.

Pero ¿era cierto que llevaba una doble vida?

Huggiston era un hombre de unos cuarenta años, alto, elegante, agradable con los clientes conocidos. A Throne le pareció que era honesto.

Pero debía obtener informes de él. Le habían pagado dos mil dólares. ¿Quién era el generoso remitente y por qué tenía tanto interés en conocer detalles íntimos de la vida de Huggiston?

De pronto, un hombre entró en el local. Throne agachó la cabeza. Corrigan pasó por su lado. Huggiston salió a su encuentro. Los dos hombres se estrecharon la mano.

Con el rabillo del ojo, Throne los vio hablar amistosamente. Luego, Huggiston puso una mano en el brazo de Corrigan y se lo llevó hacia una puerta situada en el rincón más alejado del bar.

Entonces, dejó un billete sobre el mostrador. Tranquilamente, se puso en pie y se acercó a aquella puerta. Se preguntó cómo podría escuchar la conversación entre los dos hombres, sin ser advertido.

De pronto, se abrió la puerta. Corrigan salió de la estancia y casi chocó con el joven.

—Dispense.

Throne abrió la boca para decir algo que le sacase del apuro:

—Hola, Corrigan —saludó.

—Hola —contestó el sujeto con aire displicente.

Y siguió su camino, sin añadir una sola palabra.

Throne se volvió. Corrigan salía ahora por la puerta.

Huggiston salió del despacho instantes más tarde. Throne seguía de espaldas y lo vio cuando ya pasaba por delante de él. De pronto,

reaccionó y se dirigió hacia la salida.

Un coche se perdía en la esquina próxima. Desalentado, Throne reconoció que ya no podría alcanzarlo.

Melancólicamente, emprendió el regreso a su casa. No era mucho lo que había averiguado, salvo que Huggiston y Corrigan se conocían.

Al despertar, por la mañana, tuvo una idea.

«Puede dar resultado», se dijo.

Después de asearse, tomó el desayuno. La señora Mac Dae arreglaría el piso más tarde, como era su costumbre. Cuando iba a usar el teléfono, llamaron a la puerta.

Abrió. Era Huggiston.

—¿Throne? —dijo.

—Sí —contestó el aludido, simulando no conocer al hombre que tenía frente a sí—. ¿Puedo servirle en algo?

—Soy Huggiston. Deseo contratar sus servicios.

El joven se echó a un lado. Huggiston, observó, traía en la mano una revista gráfica.

—Quiero que encuentre a una persona —dijo instantes después—. Le daré quinientos dólares como anticipo y luego aceptaré la minuta que me presente. Es decir, si le conviene.

—Claro —sonrió Throne—. No soy tan bueno como mi tío, pero creo que podré conseguir algo. ¿De qué se trata?

Huggiston desplegó la revista. En la portada aparecía el rostro de una hermosa joven, de unos veinticinco años.

—Aquí la tiene —dijo—. Se llama Elaine Carpenter.

—Guapa de veras —elogió Throne.

—Hace un par de meses que no sé nada de ella. Estoy enamorado de Elaine, señor Throne. Daría cualquier cosa por volver a encontrarla.

—¿Teme que le haya sucedido algo malo?

—A decir verdad, no. Simplemente, se ha escondido.

—¿Por qué?

—Era un tanto rara. Hace algún tiempo, perdió a un ser querido en un trágico accidente. El suceso ha dejado ciertas secuelas en su mente. De cuando en cuando, sufre accesos de amnesia. ¿Se da cuenta de lo que puede hacer en esas circunstancias?

Throne cogió la revista y contempló pensativamente la

fotografía. Pelo muy negro, óvalo perfecto, ojos intensamente negros... Sin saber por qué, pensó en la «Dama Fantasma».

Lo curioso era que el rostro le parecía vagamente conocido.

—Reside en San Luis —supongo.

—Sí. He anotado su dirección ahí, al pie de la portada. Búsquela, se lo ruego.

—Haré lo que pueda, señor Huggiston.

El visitante sacó su talonario de cheques. Con grave apariencia, Throne escribió un recibo y se lo entregó a Huggiston.

Huggiston guardó el recibo en su billetera. Throne contempló durante unos segundos, el anillo con una enorme amatista que lucía en la mano izquierda del sujeto.

—Llámeme en cuanto sepa algo, señor Throne —dijo Huggiston—. Aquí tiene mi tarjeta.

—Bien, no se preocupe.

Al quedarse solo, Throne se sentó en su sillón y contempló durante largo rato la portada de la revista. Las palabras que Harriet había pronunciado la víspera volvieron a su memoria.

«Alta, pelo negro, mirada profunda, magnética...»

Sí, la descripción de Harriet encajaba con el rostro que tenía ante sus ojos. Pero, sin saber por qué, sospechó que Huggiston le había tendido una trampa.

De todos modos, tenía algo que hacer. Enderezándose, tomó el teléfono y marcó un número.

—¿Belinda?

—Sí —contestó la joven—. ¿Jack?

—El mismo.

—Tengo noticias para usted. Venga, por favor.

—Sí, enseguida.

Throne colgó el teléfono y se puso en pie. Bajó al vestíbulo y llamó a la señora Mac Dae.

—Dentro de poco llegará una joven, preguntando por mí. Dígame que he tenido que salir urgentemente y que volveré a llamarla. No sé cuándo regresaré, ¿comprende?

La esposa del conserje sonrió maliciosamente.

—Descuide, señor Throne —contestó—. ¿Cómo es ella?

Throne hizo una descripción de Belinda Crandall. Luego puso un billete en la mano de la mujer.

—Haga como le he dicho —se despidió.

—Váyase tranquilo.

Throne salió a la calle y subió a su automóvil, que puso en marcha inmediatamente. Pero no se alejó demasiado, sino que se limitó a dar la vuelta a la manzana, para estacionar el vehículo a unos treinta metros de la entrada del edificio.

Belinda llegó un cuarto de hora más tarde, en un automóvil de excelente aspecto. Throne permaneció inmóvil, sin dejarse ver.

A los pocos minutos, Belinda salió de la casa, bastante frustrada, a juzgar por su gesto. Subió al coche y se alejó rápidamente.

Throne la siguió, procurando no perderla de vista en ningún momento. Media hora más tarde, Belinda penetró en un extenso jardín, a través de una puerta de rejas artísticamente trabajadas.

Rodeada de árboles, había una elegante mansión, cuyo aspecto dejó atónito al joven.

—¿Quién lo dijera? —murmuró—. La humilde oficinista, medio loca...

Pero no pensaba dejar pasar la ocasión por alto. Salió del coche y avanzó hacia la verja. Momentos después, llamaba a la puerta. Una doncella de agradable aspecto abrió instantes después.

—¿Señor?

—Deseo hablar con la señorita Crandall —dijo.

—Lo siento, señor; aquí no vive nadie que se llame así —contestó la doncella.

—Oh, perdone, tal vez me he equivocado. Dispénsame.

Throne dio media vuelta, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas. De repente, echó a correr hacia la esquina más próxima.

Segundos después, alzaba el bastidor de una ventana situada a metro y medio del suelo. Pasó sin escrúpulos al interior de la casa y atravesó la estancia, una salita íntima, decorada con gusto.

—Vaya, vaya, con la pobre oficinista —sonrió Throne.

Abrió la puerta con cuidado. El vestíbulo era amplio, muy elegante, con una escalera, de balaustrada de piedra, que subía por el centro, para dividirse en dos a cierta distancia del suelo, brillante, de mármol espejeante.

En aquel instante, sonó una voz femenina:

—Nancy, ¿quién era?

—Un caballero que preguntaba por usted, señorita —respondió

la doncella—. Le he dicho que no conocía a nadie que se llamase Crandall.

—¿Cómo era, Nancy?

—Alto, muy agradable, a pesar de los lentes...

—Gracias, eso es todo.

—Señorita, si me permite un consejo, deje esto...

—¡No, no puedo y tú lo sabes bien! No me lo repitas, te lo ruego.

—Como guste, señorita Elaine.

La doncella se alejó. Throne aguardó unos minutos y luego salió al vestíbulo.

Pisando sin hacer el menor ruido, subió al primer piso.

«¿Cuál será su habitación?», se preguntó.

Abrió un par de puertas. De pronto, oyó ruido de agua que salía de unos grifos.

Sigilosamente, pasó al otro lado. El dormitorio era muy lujoso, aunque de un estilo ya pasado. La puerta del cuarto de baño contiguo aparecía entreabierta.

De pronto, una mujer se hizo visible, anudándose el cinturón de una bata de felpa, muy corta.

—Hola, Belinda Crandall —saludó Throne.

Ella se detuvo en el centro del dormitorio, con las manos todavía en el cinturón de la bata. Sonriendo, Throne añadió:

—Cierra los grifos o el agua rebasará la bañera.

—Acabo de abrirlos, no hay prisa —respondió la joven, cuya larga cabellera negra caía suelta sobre su espalda—. Lo has adivinado —añadió.

—Te he seguido. ¿Eres Elaine o Belinda?

—Elaine Carpenter, es mi nombre completo y el auténtico.

—Tienes un arte muy particular para los disfraces. ¿No se te ha ocurrido nunca ser actriz de teatro?

—Hice algunas obras, como aficionada, claro. No se me daba mal del todo, Jack.

—Veo que conservas lo que aprendiste. Incluso lo has mejorado. Pero, en tu lugar, yo me marcharía de esta casa inmediatamente.

—¿Por qué?

—Alguien me ha encargado que te busque. Se llama Huggiston. Está enamorado de ti. Dice que hace dos meses que no tiene noticias

tuyas.

—Es falso. Jamás he estado enamorada de ese hombre.

—«Él» lo está de ti —puntualizó Throne—. ¿Qué le digo?

—Lo que quieras. Me es indiferente —respondió la joven.

De pronto, Elaine dio media vuelta y entró en el baño. Throne dio unos pasos, se acercó a una de las ventanas de la amplia estancia y contempló el extenso jardín que rodeaba la posesión, con abundancia de árboles y césped, salvo en el espacio ovalado situado a diez metros de la casa y lleno de agua. Junto a la piscina había dos mesas, con sillas, parasoles y un par de hamacas de vivos colores.

El ruido del agua cesó. Elaine regresó al dormitorio.

—Es una bonita propiedad —elogió él—. Tienes dinero, a lo que parece.

—No puedo quejarme, Jack. ¿Te molesta?

—Oh, no, en absoluto. —Throne se volvió hacia ella—. ¿Qué hay entre Huggiston y tú?

—Me pretendió en tiempos. Es un hombre muy agradable, pero no la clase de tipo con el cual me casaría.

—¿Por su profesión?

—Y por otras cosas.

—¿Puedo saber...?

—No. —Elaine buscó cigarrillos en una consola. Sacó uno, lo golpeó contra el mármol y se lo puso en los labios—. ¿Tienes fuego?

—No fumo —sonrió él—. He oído parte de lo que hablabas con tu doncella. Nancy es de confianza, supongo.

—Lo es, Jack.

Elaine cruzó el dormitorio, se acercó a una mesita de noche y encontró un encendedor. Throne añadió:

—Nancy te decía que lo dejases. Tú te has negado. ¿Por qué?

—Jack, ¿quieres marcharte?

—Parece que no te gusta que haya descubierto tu secreto. Dime, ¿por qué ibas tanto a la oficina de mi tío?

—No insistas, no te diré nada.

—¿Eres la Dama Fantasma?

Elaine le miró fijamente.

—No pienso contestar a una sola de tus preguntas —dijo.

—Entonces, tampoco me dirás si eres la persona que, de cuando

en cuando, enviaba a mi tío un sobre con dos mil dólares y un nombre. El último era el de Huggiston. Tú le buscas a él y él te busca a ti.

—En eso estás engañado. Yo sé dónde está Huggiston.

—Luego admites haberme enviado el dinero.

—No puedo negarlo.

—Elaine, en los últimos tiempos, mi tío hacía muchos trabajos para ti —dijo Throne—. Quizá fue asesinado a consecuencia de uno de esos encargos.

—Lo siento. Nunca pude suponer...

—No te preocupes, ya nada puede volverle a la vida. Pero me gustaría saber qué tragedia ha ensombrecido tu vida.

—¿Quién te lo ha dicho? —exclamó Elaine, vivamente sorprendida.

—El propio Huggiston. Dijo que habías perdido a un ser muy querido y que ello te había provocado un fuerte *shock*, a consecuencia del cual, de cuando en cuando, padeces ataques de amnesia.

—Eso no es cierto.

—¿La amnesia o la pérdida del ser muy querido?

—La amnesia. Mi mente está en perfectas condiciones.

—Lo celebro infinito. Dime, ¿debo llamarte aquí cuando sepa más cosas de Huggiston o al domicilio de Belinda Crandall?

Elaine se mordió los labios.

—Yo te llamaré —respondió.

—Muy bien, como quieras. Escucha, no sé cuál es tu juego, pero presiento que es muy peligroso. Ten cuidado, no me gustaría que te sucediera nada.

—Gracias por tu interés, pero sé cuidar de mí misma.

—Lo celebro. Es curioso —sonrió Throne—, alguien te describió como si te conociera. Mejor dicho, describió a la Dama Fantasma: alta, muy morena, de mirada profunda, magnética...

—¿Quién te lo dijo, Jack?

Throne se echó a reír.

—Una chica que, según tú, carece de decencia —contestó—. ¿Ya no lo recuerdas? Me llamaste por teléfono y dijiste pestes de ella.

—¿Y no era cierto? Es una golfa, una ramera...

—¡Basta, Elaine! Harriet es una excelente muchacha. Nadie tiene

la culpa de que haya llegado a determinada situación.

—Vaya, diría que te has enamorado de ella —dijo la joven, sonriendo burlonamente.

—Al menos, es sincera, cosa que no se puede decir de ti. Pero, en fin, no quiero seguir hablando de este asunto. A ti no te interesan sino los resultados que pueda obtener por los dos mil dólares.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Señorita, acaban de traer un paquete —dijo la doncella.

Throne abrió la puerta. Nancy puso unos ojos como platos al verle en el dormitorio.

—Usted —exclamó.

El joven sonrió.

—Tengo la facultad de colarme a través de las paredes —dijo.

Elaine avanzó unos pasos.

—Dámelo, Nancy, y déjanos solos —pidió.

—Sí, señorita...

—Un momento —exclamó Throne, con la vista fija en el paquete, del tamaño de una caja de habanos, pero con el doble de grueso—. ¿Quién lo ha traído?

—Un empleado de una agencia de reparto, señor —contestó Nancy.

Throne se hizo cargo del paquete, perfectamente embalado. Volvió la cabeza hacia Elaine y le hizo una pregunta:

—¿Esperabas algún obsequio?

—No, en absoluto.

—Y, oficialmente, estás fuera de San Luis.

—Bien, sí... Dame el paquete, por favor.

Throne hizo caso omiso de la petición.

—Nancy, dígame, ¿se fijó en el empleado de la agencia?

—Pues... me pareció un tipo corriente, con gafas de color, bigote... Lo único que me chocó fue el anillo de la mano izquierda. Parecía una piedra muy valiosa y yo me dije: «¿De dónde habrá sacado este tipo semejante joya?». Pero se marchó enseguida, apenas le firmé el recibo, sin esperar siquiera una propina...

—Dice que no esperó, Nancy.

—Se marchó como un rayo, señor Throne.

Elaine contemplaba al joven sumamente intrigado. De pronto,

vio que Throne acercaba el paquete a su oreja izquierda.

Un segundo después, Throne salía disparado hacia la ventana. En su precipitación, alcanzó a Elaine con el hombro derecho, derribándola aparatosamente al suelo.

Pero no por ello se detuvo. Tomó impulso y, con todas sus fuerzas, arrojó el paquete a la piscina.

—¡Nancy, al suelo! —gritó, a la vez que daba ejemplo con la acción.

Una enorme columna de espumas subió a lo alto, a la vez que se escuchaba una atronadora explosión. Los cristales de las ventanas volaron en mil pedazos. La casa tembló, como sacudida por un violento terremoto.

Nancy sollozaba de pánico. Todavía en el suelo, Throne miró a Elaine y la vio con el rostro tan blanco como la nieve.

—E... estamos vivos... de mi... milagro —tartamudeó la joven.

—Sí —respondió él escuetamente—. Y por eso prefiero que te largues de aquí cuanto antes. Es decir, apenas hayas hablado con la policía que, presumo, no tardará mucho en hacer acto de presencia.

CAPÍTULO IX

—De modo que Huggiston intentó quitarnos de en medio a los dos —dijo Harriet, mientras entregaba una copa a su visitante.

—Bien, por lo menos, pretendía eliminarla a ella. Pero yo estaba allí, en su casa. Imagínate cómo hubiera quedado, si no llego a sospechar del obsequio.

Harriet se sentó junto a Throne.

—¿Qué te hizo recelar del paquete? —preguntó.

—En primer lugar, nadie sino la doncella debía saber que Elaine estaba en casa. Luego me extrañó que el empleado de la agencia llevase un anillo de gran valor, como el que vi en la mano de Huggiston. No es corriente que un vulgar mandadero lleve una joya que puede valer muy bien dos mil quinientos dólares. Puede suceder que, en efecto, sea suya... pero no es corriente, repito.

—La bomba debía de ser muy potente, imagino.

—Había algo así como kilo y medio de dinamita, más el aparato de relojería. Estamos vivos por menos de cinco segundos, nena.

Harriet se estremeció.

—Hubiera sido horrible —murmuró.

—Pero estamos vivos, sobre todo, yo —sonrió Throne, atrayéndola hacia su pecho—. A propósito, lo acertaste.

—Acerté, ¿qué, Jack?

—Tu descripción de la Dama Fantasma. Alta, como tú, pelo negro, mirada intensa, magnetizadora...

Harriet rió alegremente.

—Vamos, de película de vampiros —exclamó.

—Hombre, no tanto. Dejémoslo en película de suspense. A propósito, cuando llegué, no estabas en casa. He tenido que esperar un buen rato —dijo él.

—Lo siento. Estaba un poco nerviosa... Pensé que un paseo me sentaría bien. Además, como has visto, he comprado algo de

comida. Jack, si me sueltas, prepararé cena para dos.

Throne la besó en la punta de la nariz.

—Está bien preciosa —dijo—. Mientras, haré una llamada.

Harriet se levantó, atusándose el cabello maquinalmente.

—¿A quién, si se puede saber? —preguntó.

—A Pat el Silencioso.

Ella silbó.

—¿Vas a contratarle?

—Le pediré una entrevista.

—No accederá. No te conoce.

Throne soltó una risita.

—Veremos —dijo—. Cuando mencione la cifra de cincuenta de los grandes, es muy posible que pique. Anda, ve a la cocina; ya te diré luego el resultado.

Throne sacó del bolsillo el papel en donde tenía apuntado por dos veces el mismo número de teléfono. ¿Era El Silencioso el que había disparado contra Penton? Se preguntó, mientras hacía girar el disco numerado.

Una voz masculina contestó a los pocos segundos:

—¿Quién es?

—Deseo entrevistarme con usted, Pat. Fije la fecha y el lugar.

—Primero dígame su nombre, por favor.

«La voz era cortés, mesurada, apacible», pensó Throne.

—Me llamo Cincuenta —dijo—. El segundo apellido es Mil.
¿Qué le parece, Pat?

Hubo una corta pausa de silencio.

—Le veré mañana en Melvin Grove, a las diez de la noche, junto a la *Stand Fountain* —dijo Pat al cabo.

—Perfectamente.

—Gracias, señor Cincuenta Mil.

Throne dejó el teléfono en la horquilla. Luego se asomó a la puerta de la cocina.

Harriet estaba de espaldas a él, con el mismo vestido de calle que tenía a su llegada y que era de falda cortísima, lo cual permitía admirar las piernas más bonitas que Throne había contemplado nunca. Ella se había puesto un delantal de cocina y a Throne le pareció una visión encantadora.

—Lo he conseguido, nena —dijo.

Ella le miró sonriendo por encima del hombro.

—Es una buena noticia —manifestó—. Pero tendrás que ir con mucho cuidado.

—No pases pena, saldré adelante.

—¿Dónde es la entrevista?

—Melvin Grove, diez de la noche, junto a *Stand Fountain*.

—Un buen sitio para que dos personas hablen, sin que se puedan ver la cara —comentó ella jovialmente.

—Tienes experiencia, ¿eh?

—No hagas preguntas indiscretas, curioso —dijo Harriet maliciosamente.

Throne se acomodó en uno de los taburetes situados en el extremo de la barra y pidió un *whisky*. Al cabo de unos momentos, Huggiston se situó frente a él.

—He oído las noticias por radio —dijo.

—Sí, Elaine y yo hemos escapado por los pelos —convino el joven tranquilamente.

—No entiendo quién ha querido matar a esa chica —murmuró Huggiston—. Si le pusiera la mano encima, yo mismo le pegaría dos tiros...

—No se excite —aconsejó Throne—. Ella está ya a salvo.

—¿Se ha ido de San Luis?

—Sí. Piensa escribirle muy pronto. Ha estado internada en un sanatorio y no quería que nadie lo supiera.

Huggiston sonrió.

—Bueno, al menos, eso es un alivio —dijo—. Ha sido usted rápido actuando, muchacho.

—Psé, era cosa de sentido común —respondió Throne con fingida modestia—. Oiga, Elaine es una chica guapísima.

—¿Verdad que sí? Ahora comprenderá usted por qué estoy enamorado de ella. Aunque le paso casi quince años, a veces me siento como un colegial, créame.

—Sí, suele suceder. —Throne pensó que Huggiston no acababa de ser sincero del todo. Claro que él también mentía como un bellaco, se dijo. Pero ¿por qué no llevaba puesto el anillo con la amatista?

Por prudencia, no quiso hacerle ninguna pregunta sobre el particular. Pero sí sentía curiosidad por saber una cosa.

—Oiga, Huggiston, hace algunos días, me encontré aquí con una chica... Rubia, ojos azules, muy desenvuelta... Se llama Harriet Carter. ¿La conoce usted?

—¿Carter? —repitió el dueño del Golden Nest—. No, no me suena. Pero aguarde un momento.

Huggiston se volvió hacia los *barmen*.

—¿Alguno de vosotros conoce a una tal Harriet Carter? Rubia, ojos azules y... ¿qué más, Throne?

—Bueno, estaba aquí... usted ya me comprende. Tiene un tipo precioso. Ah, sí, es bastante alta...

Uno tras otro, los *barmen* y demás camareros manifestaron no conocer a Harriet.

—Es curioso —comentó Throne—. Diríase que era una habitual de este local.

—Quizá vino sólo aquella noche. No la han visto más por aquí —declaró Huggiston.

—Bien, como sé dónde vive, iré a visitarla. —Throne sacó un billete y lo puso sobre el mostrador, pero Huggiston rechazó el dinero.

—La casa invita —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

—Así da gusto —se despidió el joven.

Cuando llegó a la casa de su tío, empezó a desvestirse. Una cosa le preocupaba profundamente. Nadie conocía a Harriet. Había estado solo una vez en el Golden Nest y no había vuelto a ser vista.

¿Era de veras Harriet quién decía ser?

¿No estaba jugando con él, aprovechándose de cierta inexperiencia con las mujeres?

Porque había descrito a la Dama Fantasma y ésta había resultado tener un aspecto exactamente igual al definido por Harriet.

Cuando apagó la luz, llegó a la conclusión de que Harriet sabía más cosas de las que aparentaba. Era cuestión de sonsacarla, aunque, eso sí, con el máximo de discreción.

Pero, de momento, tenía otro problema más acuciante: la cita con un asesino profesional, llamado Pat *el Silencioso*.

Por la tarde, simulando ser un ocioso paseante, había recorrido el Melvin Grove, a fin de conocer el parque. Había llegado hasta la *Stand Fountain*, situada en el fondo de una falsa hondonada,

adornada con rocas artificiales. Un delgado hilillo de agua manaba de una hendidura de las piedras y caía en un pequeño receptáculo, de donde iba a perderse por un desagüe adecuado.

Además de las rocas, había gran abundancia de arbustos y macizos de flores. Sí, era el lugar adecuado para una entrevista nocturna.

A las diez menos cinco, estaba de vuelta en Melvin Grove. Una oscura silueta se hizo visible a las diez en punto.

—Soy Pat —dijo el hombre.

—Cincuenta Mil —sonrió Throne.

—¿Quién le dio mi teléfono? No consta en la guía...

Throne sonrió.

—Lo tenía anotado un tal Booney —contestó.

—Ah, sí, lo recuerdo. Bien, ¿quién es él?

—Huggiston.

El asesino se sobresaltó ligeramente.

—Ha dicho...

—Huggiston —repitió. Throne. Alzó la mano izquierda—. Aquí, en este paquete, hay quinientos billetes de cien.

—No —contestó Pat.

—¿Qué le pasa? Usted cobra por matar a la gente.

—Pero no acepto siempre todos los encargos. Y éste, menos todavía.

—Vaya, parece como si fuese amigo de Huggiston...

—Eso no le importa en absoluto.

Throne lanzó el paquete a los pies del asesino.

—Ahí tiene el dinero, Pat —dijo.

El Silencioso se echó a reír.

—¿Me toma por tonto, Throne? Sólo son recortes de periódico —contestó—. Pero no quiero que repita a nadie mi número de teléfono.

La mano del asesino entró en su chaqueta. Súbitamente, se oyó un grito de mujer en las inmediaciones:

—¡Cuidado, Jack, detrás de ti!

Throne no vaciló un instante. Saltó a un lado y dio dos vueltas sobre sí mismo. En lo alto de la fuente, algo chasqueó un par de veces.

Pat maldijo entre dientes. Alzó su pistola e hizo fuego.

Throne pensó en lo curioso que era aquel tiroteo. Dos pistolas disparando a la vez, sin que se oyera otra cosa que unos leves chasquidos. Pero, gateando, procuró salir de la hondonada, en busca de una zona más oscura.

Al mismo tiempo, oyó un grito de dolor. Un cuerpo humano cayó de lo alto de las rocas que había sobre la fuente. Throne entrevió la silueta de Pat, alejándose a la carrera, aunque le pareció que su paso no era demasiado seguro.

—Harriet —llamó.

Gracias al aviso de la chica estaba vivo. Ella le había seguido, no cabía la menor duda, y, aunque ello le desagradaba profundamente, no dejaba de reconocer que la curiosidad de Harriet le había salvado la vida.

Pero otro hombre le había seguido también. En aquellos momentos, ignoraba su identidad. Sin embargo, no se sentía muy intrigado.

Al día siguiente, los periódicos darían noticias del hombre muerto en el parque. Entonces sabría su nombre.

Sintiéndose seguro, llamó de nuevo a la chica:

—Harriet.

Pero ella no le contestó. Había desaparecido.

Throne buscó la salida del parque. Subió al coche y se dirigió sin vacilar a casa de Harriet.

Veinte minutos más tarde, abrió la puerta del apartamento. Harriet, sentada en un diván, frente al televisor, le miró con asombro.

—Jack. ¿De dónde sales? —exclamó.

Throne demoró la respuesta unos segundos. Harriet vestía un pijama negro, de manga corta y pantalones muy anchos. Sus pies estaban calzados con unas chinelas de alto tacón, con borlas rojas muy aparatosas.

—Pensaba que no estarías en casa —dijo él.

—¿Por qué no? Ni siquiera me he movido en todo el día. Desde anoche, no he puesto los pies en la calle.

Harriet se puso en pie.

—¿Quieres tomar un poco de café? —invitó, solícita.

Throne se pasó una mano por la frente.

—Es curioso —murmuró—. Pat quiso matarme, pero una mujer

me avisó a tiempo.

Hubiera jurado que se trataba de tu voz, Harriet.

Ella rió maliciosamente, a la vez que le ponía los brazos en el cuello.

—Sospecho que te estás enamorando de mí —dijo—. Y eso no me gusta nada, Jack.

—¿Por qué? ¿Es malo?

—Oyes mi voz por todas partes... pero ya sabes qué clase de chica soy. Una mujer como yo no conviene en absoluto a un futuro profesor de Historia.

Throne la besó furiosamente.

—Harriet, todavía no estoy muy seguro de mis sentimientos —dijo—. Pero si llego a enamorarme en serio de ti, serás mi esposa. ¿Lo has entendido?

Los ojos de la joven se humedecieron.

—Cuando llegue ese momento, hablaremos —contestó—. Ahora, siéntate; cuando traiga el café, me lo contarás todo. Anda, quítate la chaqueta y ponte cómodo.

Throne se sentó en el diván y apoyó la frente en una mano. Una vez más volvió a repasar los acontecimientos de que había sido protagonista durante aquellos agitados días.

Harriet lo encontró así todavía y le dirigió una afectuosa mirada.

—¿En qué piensas? —preguntó, mientras empezaba a servir el café.

—En la libreta —dijo él—. No sé por qué, pero tengo la impresión de que ahí está la clave del enigma.

—Pero sólo hay nombres, direcciones, algunos comentarios...

—Aparentemente, así es; pero tengo el presentimiento de que esa libreta es mucho más importante de lo que creemos. En alguna parte hay una anotación que es como una ventana: ahora está cerrada, pero si la encontramos, podremos abrirla y entrará la luz. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, pero tómate el café —sonrió ella. Mientras Throne removía el azúcar con la cucharilla, preguntó—: ¿Cuál va a ser tu siguiente paso?

—Hablar con Lewe —respondió él sin vacilar.

CAPÍTULO X

Por la mañana, Throne, al leer el periódico, se enteró del nombre del sujeto que había muerto en *Stand Fountain*.

Era Dane Charles. Sus sospechas se acentuaron.

Consultó la libreta. Sí, allí estaba la dirección y el teléfono de Lewe.

Marcó las cifras. Una voz poco amable contestó a los pocos instantes. Throne manifestó sus deseos de hablar con Lewe.

Hubo una breve pausa de silencio. Luego, el mismo individuo dijo que Lewe no estaba en casa.

—Bien, dígle que Jack Throne irá a verlo —respondió el joven.

—Espere —dijo el otro rápidamente.

Al cabo de unos segundos, Throne oyó una voz distinta.

—Hable, Throne.

—He leído los periódicos. Dane Charles ha muerto.

—Lo sé. Pero yo no tengo nada que ver con el asunto.

—Lewe, no me tome por tonto. Charles fue derecho a liquidarme.

—¿Cómo? —Respingó el sujeto.

—Ya lo ha oído. Yo estaba en la *Stand Fountain*, aunque, por supuesto, no le disparé. Pero estuvo de unos segundos que no me enviase al otro mundo.

—Le aseguro que no entiendo...

—Vamos, vamos, que ya no somos unos niños para andar jugando a mentiritas. Booney ha muerto y era uno de sus principales competidores, y no hablemos ya de Johnny Corito. Cuando nos vimos en el despacho del Crazy Duck usted tenía un miedo espantoso. Supongo que todavía no se le ha pasado. ¿Por qué no es más sincero y habla con toda claridad?

Hubo un breve espacio de silencio. Luego, Lewe dijo:

—El teléfono resulta inconveniente.

—Comprendo. ¿Me espera en su casa?

—Sí.

—Usted sabe algo muy interesante, ¿no es así?

—Venga pronto. —Fue la seca respuesta del sujeto.

Throne sonrió mientras dejaba el teléfono sobre la horquilla. Vestida con una bata muy corta, de mangas amplias, Harriet le miraba desde la puerta de la cocina.

—Lo he oído todo —dijo ella.

—Seguro que has conectado el supletorio de la cocina —sonrió el joven.

—No he podido evitarlo. Jack, ¿a quién teme Lewe?

—En primer lugar, por supuesto, a Pat *el Silencioso*. Pero, desde luego, teme a la persona que «engrasa» el dedo índice del asesino.

—Cuya identidad, por cierto, desconocemos.

—Sí, es cierto. Bien, siento tener que dejarte, pero me espera Lewe.

De pronto, Harriet se acercó al joven y le puso las manos sobre los hombros, a la vez que le miraba intensamente.

—Jack, cuando te vayas te echaré mucho de menos —dijo—. Créeme, consideraré estos días como los más felices de mi vida y no los olvidaré jamás.

—Harriet, no seas dramática...

—Puede que te parezca dramática, pero soy sincera. Tú eres... quién eres y yo soy lo que soy. Nos hemos encontrado en unas circunstancias nada agradables, pero me alegro de que haya sido así, porque ello me ha permitido conocer a un hombre, en toda la extensión de la palabra. Pero, más que nada, he conocido a un hombre bueno, amable y honesto... el hombre que toda chica querría tener por esposo y padre de sus hijos.

—¡Caramba, Harriet! Me vas a poner colorado —exclamó Throne.

Ella se empujó sobre las puntas de los pies y rozó los labios del joven con los suyos.

—Anda, vete... pero ten mucho cuidado —recomendó.

Throne asintió. Harriet se había levantado muy melancólica, pensó, mientras descendía a la calle en el ascensor.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaba en la residencia privada de Lewe.

Llamó a la puerta, pero no le contestó nadie.

—¿Se habrá largado de la ciudad? —murmuró.

Lewe le estaba aguardando. Su ausencia parecía incongruente, por lo menos.

«Quizá no me han oído» pensó. Asió el pomo y lo hizo girar. Para sorpresa suya, la puerta no estaba cerrada con llave.

Entró en el piso. Al otro lado de la sala, amplia, lujosa, había un hombre boca abajo, con la mano derecha empuñando todavía una pistola que, evidentemente, no había podido utilizar. Debajo de su cuerpo se veía un charco de sangre.

Aquel individuo no era Lewe, adivinó Throne inmediatamente. Seguramente, era el guardaespaldas que había atendido primeramente su llamada.

Cruzó la sala. Lewe estaba sentado en el suelo, sobre la alfombra, con la espalda apoyada en la cama y la mano crispada sobre la chaqueta de un aparatoso pijama blanco, que aparecía en parte manchado de rojo. La cabeza de Lewe estaba doblada sobre su pecho.

Aún se percibía en el aire un débil olor a pólvora, lo que indicó a Throne que el asesino se había marchado hacía muy poco tiempo. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, petrificado por la respuesta.

De repente, Lewe se movió un poco. Throne respingó.

Lewe alzó la cabeza. Throne comprendió que no había muerto, como parecía en un principio.

Dio un par de pasos más y se arrodilló a su lado.

—Lewe —dijo.

—Ha... sido... Es... Layden...

La voz de Lewe era apenas un susurro. De pronto, la cabeza del agonizante se dobló a un lado. Luego, con, gran lentitud resbaló de costado y quedó tendido en el suelo.

Throne se incorporó lentamente.

Durante unos segundos, se concentró en las cuatro palabras pronunciadas por Lewe. El significado le pareció claro. Layden no había cometido los crímenes por su propia mano. Lewe había querido decir que era obra de Layden. Naturalmente, alguien había accionado el gatillo de una pistola, pero por encargo de Layden.

Súbitamente, estalló el timbre del teléfono. La estridencia del

sonido hizo que Throne diera un salto.

Corrió a la sala. El teléfono seguía sonando insistentemente.

¿Debía contestar?

Sacó un pañuelo y empuñó el aparato.

—¿Quién? —dijo con voz gruesa.

—Oiga, si está ahí Jack Throne, dígame que se ponga...

—Nena, Jack soy yo —contestó el joven, muy aliviado, al reconocer la voz de Harriet.

—Escucha, tengo una noticia muy importante.

—Yo también tengo otra para ti. Lewe y su guardaespaldas están muertos. Lewe vivía aún cuando llegué y acusó a Layden.

—¡Cielos! —exclamó la muchacha—. ¿Qué piensas hacer?

—Pues... marcharme ahora mismo, procurando no dejar huellas.

—Es lo mejor, Jack. Escucha, tú tenías razón. He encentrado la clave del enigma en la libreta de tu tío. Es...

—Harriet, sea lo que sea, guárdalo. Yo no puedo volver ahora a tu casa. Tengo que hacer algo muy importante. Sigue ahí, no salgas a la calle. ¿Está claro?

—Sí, Jack, lo que tú digas, pero ten mucho cuidado. ¿Adónde vas ahora?

—Te lo diré cuando vuelva. Adiós.

Throne depositó el teléfono en la horquilla. Luego, pisando cautelosamente, se dirigió hacia la puerta. Limpió el pomo, para borrar sus propias huellas dactilares, y se dirigió al ascensor, del que salió en la planta del sótano, destinada a estacionamiento.

Mientras bajaba, se quitó los lentes. En el estacionamiento habría algún vigilante. Si le veía, como era lo más probable, daría su descripción a la policía, pero no mencionaría las gafas. El conserje, en cambio, no le vería salir.

La miopía no era tan importante como para impedirle moverse sin dificultad entre los coches. Buscó la salida y luego, a unos cincuenta metros del edificio, volvió a ponerse los lentes. Tenía el coche al lado de la acera y, sentándose tras el volante, lo hizo arrancar sin pérdida de tiempo.

Nancy, la doncella de Elaine, le miró con cierto recelo.

—Ella no está en casa ahora —dijo.

—Usted puede decirme dónde se encuentra —sonrió Throne.

—Lo ignoro.

—Nancy, usted es fiel a la señorita Carpenter. ¿Por qué no me lo cuenta todo? Sólo quiero ayudarla...

—Sin permiso de ella, no diré una sola palabra, señor.

—Nancy, voy a decirle dos cosas —sonrió Throne, sin darse por vencido—. En primer lugar, debe saber que quiero ayudar a la señorita Elaine. En segundo, me gustaría recordarle que le salvé la vida. A usted no se le habría ocurrido pensar que aquel paquete contenía kilo y medio de dinamita, ¿verdad?

Nancy se estremeció.

—¡Por Dios, señor Throne! Las carnes se me abren cada vez que lo recuerdo —exclamó.

—Entonces, derrame su gratitud sobre mí, en una información abundante y sin omitir el menor detalle. Le aseguro que seré discreto. ¿O es capaz de pensar que quiero hacerle daño a la señorita Elaine?

La doncella suspiró.

—Desde luego, me crea o no, ahora no sé dónde está —respondió—. Ha permanecido ausente una larga temporada. Hasta el otro día, no volvió...

—Pero usted le dijo que debía dejarlo, que era muy peligroso. Ella no quiso. ¿Qué es lo que debía dejar?

—Perseguir a los criminales que mataron a sus padres.

—¡Oh! —Respingó Throne.

—Según parece, fue un error. Alguien se confundió de coche, pero el señor y la señora Carpenter murieron horriblemente destrozados, cuando estalló la bomba conectada al arranque. La policía dijo que el coche de los señores Carpenters era idéntico al de un notorio hampón... un tal Lewe... y que el que puso la bomba se había confundido.

—¿Se sabe quién puso la bomba?

—Oí el nombre de Corito, señor, eso es todo lo que sé. Entonces, un día, la señorita me dijo que iba a perseguir a los asesinos de sus padres. Ya no puedo decirle más, se lo aseguro.

—Entonces, ella decidió convertirse en la Dama Fantasma —murmuró Throne, como si hablara consigo mismo.

Nancy calló. Al cabo de unos segundos, Throne sonrió.

—Ha sido usted muy amable —se despidió—. Gracias, Nancy.

Throne dio media vuelta. Los informes de la doncella aclaraban

bastante el panorama, se dijo.

De pronto, cuando ya abría la puerta, Nancy le llamó:

—¡Señor Throne!

El joven se volvió.

—Escuche —dijo la doncella—, no sé si le servirá de algo... pero la señorita mencionó hace tiempo a un tal señor Gray. La hija, Diana, había sido muy amiga de la señorita.

—¿Sabe dónde vive Gray?

—Sí, señor.

Marcus Gray miró inquisitivamente al hombre alto y joven que había llamado momentos antes a la puerta de su casa. Luego, con gesto hosco, dijo:

—No tengo ganas de hablar de lo que pasó a mi hija, señor Throne.

—Señor Gray, yo lamento mucho lo ocurrido, pero quizá no sepa que mi tío murió asesinado. Es muy probable que ambas muertes estén relacionadas entre sí. Respeto su dolor... pero creo que no hace bien al callar algo que quizá pueda serme de gran utilidad —manifestó el visitante.

Gray era un hombre de mediana edad, probablemente, un empleado con muchos años de trabajo en la misma casa, un tipo como había tantos, pero al que una tragedia familiar había destrozado su vida. Le compadeció íntimamente. Sí, tenía que haber sufrido mucho.

—Está bien, se lo contaré todo. —Cedió Gray finalmente.

Throne escuchó con gran atención. Cuando el hombre terminó su relato, dijo:

—De modo que usted estaba decidido a matar a Corito.

—Sí, pero ella me lo impidió.

—¿La conoció usted?

—Su voz me pareció un tanto familiar, pero es todo lo que puedo decirle.

—Era Elaine Carpenter, señor Gray.

—No, no era Elaine. Yo la conocía muy bien.

—Sin embargo, ha dicho que la voz le parecía familiar...

—Bien, quizá fue solo una ilusión. Era una desconocida, muy rubia, de ojos intensamente azules, vestida de negro... Ella dijo que ya había alguien que se iba a encargar de Corito, es todo lo que sé.

Me convenció de que no debía comprometerme con un asesinato, aunque bien sabe Dios qué Corito merecía morir.

—Y murió, en efecto. De modo que ella sabía lo que iba a pasar.

—Por lo menos, lo dio a entender, señor Throne.

El joven sonrió.

—Ha sido usted muy amable. Muchas gracias, señor Gray —se despidió.

Throne salió a la calle. Sintió la tentación de volver a casa de Harriet, pero pensó que antes debía hacer otra visita. Dejando de lado las vacilaciones, subió al coche y arrancó, persuadido de que la solución del enigma estaba cada vez más cerca.

CAPÍTULO XI

Como en la anterior ocasión, Throne dio la vuelta a la casa y buscó la puerta posterior. Abrió sin hacer el menor ruido y cruzó la cocina pisando de puntillas.

Cautelosamente, se asomó a la sala. Corrigan estaba sentado en un gran butacón, aparentemente dormido. Junto a él, sobre una mesita baja, tenía un revólver con silenciador.

Corrigan estaba en mangas de camisa. Ésta se hallaba desabrochada en parte. A través de la abertura, Throne divisó un trozo de tela blanca.

El dueño de la casa no parecía haberse dado cuenta de que había un intruso. En completo silencio, Throne se acercó a la mesita y se apoderó del revólver.

Luego retrocedió unos pasos y se sentó en un sillón frontero. Corrigan abrió los ojos.

—Ah, es usted —dijo.

—Sí. ¿Se cansó de vigilar?

Una indefinible sonrisa apareció en los labios de Corrigan.

—Me ha vencido el sueño, pero no porque esté cansado de vigilar —contestó—. El tipo de la fuente me acertó bien.

Throne respingó.

—Oiga...

—He aguantado mucho, pero estoy listo. Usted ha sido un hombre de suerte, Throne.

—¿Por qué lo dice, Corrigan?

—Bueno... por tres veces intenté quitarle de en medio, pero siempre fallé. Parecía de película... Cada vez que disparaba, era otro el que recibía las balas que le destinaba a usted.

Corrigan tosió un par de veces.

—Lo curioso es que anoche fuimos dos los que quisimos quitarlo de en medio y nos eliminamos mutuamente —añadió.

—De modo que usted es Pat *el Silencioso*.

Corrigan volvió a sonreír.

—Debiera adivinar la verdad... Usted no es torpe...

—Es que mi oficio no es precisamente el de detective privado. Dígame, ¿quién está detrás de usted? ¿Layden?

—Sí... En realidad, es el que mueve los hilos, aunque apareciese como subordinado de Booney. Un tipo... muy ambicioso, créame.

—Corrigan, por lo que deduzco, no ha salido de casa desde que regresó del Melvin Grove. Lewe y su guardaespaldas están muertos. ¿Quién lo ha hecho?

La cabeza del sujeto se dobló repentinamente sobre su pecho. Estuvo así unos instantes y luego volvió a levantarla.

—¿Cómo ha sabido que yo era Pat...?

—Dos personas me dieron un mismo número de teléfono. Fue cuestión de perder muchas horas buscándolo en la guía.

—Pero sólo encontró a la mitad.

—¿Cómo?

—Falta... la otra mitad...

—No entiendo —dijo Throne, desconcertado.

Corrigan abrió la boca, pero, de súbito, salió la sangre y se le escurrió por el mentón. En lugar de palabras, emitió un horrendo gorgoteo, mientras su cuerpo se estremecía con violencia. Luego, lentamente, se relajó y quedó inmóvil.

Throne permaneció unos instantes en el mismo sitio. Luego, lentamente, se puso en pie. Limpió el revólver con todo cuidado y lo dejó en el mismo sitio.

—La otra mitad —repitió.

Echó a andar hacia la cocina. Cuando llegaba a la puerta, oyó el ruido de otra que se abría.

Lleno de curiosidad, dio media vuelta y atisbo a través de una rendija. Un hombre entró en la sala y, al verla, Throne lo comprendió todo.

Algo le impulsó a hacerse visible, aun a sabiendas del riesgo que podía correr. Huggiston se sobresaltó un instante al verle.

Luego sacó una pistola.

—Ha sido usted —dijo.

—No. Está herido desde anoche. Sabía que iba a morir y no quiso llamar a un médico. Ni tampoco quiso avisar a... la otra

mitad de Pat *el Silencioso*.

Los ojos de Huggiston se entornaron amenazadoramente.

—De modo que ya lo sabe —dijo.

—Debí haberlo adivinado hace días —contestó el joven—. Corrigan fue a visitarle a usted en el Golden Nest. Llevaban trajes iguales. Entraron en su despacho y Corrigan salió al poco. Yo le saludé, pero Corrigan se limitó a contestarme con un «hola» indiferente. En realidad, era usted con el aspecto del otro, seguramente, con una máscara muy bien hecha. Contestó «hola» por pura cortesía, pero no porque me conociese, sino porque debajo de la máscara de Corrigan iba el dueño de un local, que ha de ser cortés y atento con todo el mundo. Pero no me conocía y Corrigan sí, porque ya le había visitado una vez.

—Para no ser un profesional, parece usted bastante listo, Throne —dijo Huggiston.

—Lo suficiente para darme cuenta de que, en ocasiones, realizaba usted los asesinatos encomendados a Pat *el Silencioso*, a fin de que éste tuviera su coartada. Por eso, antes de morir, dijo que faltaba la otra mitad; pero es que, además, ambos cometieron un error.

—¿Puedo saber cuál es el error?

Throne señaló la mano izquierda de Huggiston.

—El anillo con la amatista. Corrigan no lo usaba —dijo.

—Sí, un error —admitió Huggiston pensativamente—. Y usted está en lo cierto: cambiábamos los papeles.

—La noche en que fingió ser Corrigan, iría a alguna parte. Yo traté de seguirle, pero ya le había perdido. Luego, el auténtico Corrigan volvería a su casa. Si sucedía algo, tenía una coartada perfecta. Siempre se ponía a leer en las inmediaciones de una ventana. Mucha gente podía verle. Pero... no entiendo por qué se asociaron para ser un solo personaje.

—Era mi hermano —respondió Huggiston con voz opaca.

Throne arqueó las cejas.

—Me gustaría poder decir que lo siento, pero no puedo —contestó—. El empleado de la agencia de reparto que llevó una bomba a casa de Elaine Carpenter tenía un anillo como el suyo.

—La doncella de Elaine es muy observadora —comentó Huggiston.

—Sí, y usted, al cabo de cierto tiempo, llegó a la deducción de que ella era la Dama Fantasma. También pensó que podía matar dos pájaros de un tiro, con la bomba, porque, en realidad, no podía desconocer el domicilio de Elaine.

—Esa chica... —murmuró Huggiston pensativamente.

—Mataron a sus padres, aunque fuese por error. Algunos pueden pensar que es una romántica, que sólo desea limpiar la ciudad de hampones. En realidad, lo que quería era venganza. La justicia es lenta, imperfecta, usa redes de malla muy ancha. No mató a nadie por su propia mano, pero les estorbó, les desconcertó, hizo que se matasen unos a otros... No se le puede reprochar, Huggiston. Y es que, en el fondo, este asunto no es sino una guerra de pandillas. Alguien quiere erigirse en la cabeza de todos y elimina a los rivales más poderosos, simplemente.

—Esos rivales han muerto ya, Throne.

—Sí, incluyendo a Booney, un asesinato muy hábil. Ahora sólo queda el principal cabecilla, el que quiere conseguir el número uno. Y no es usted, aunque lo crea.

—¿De veras? —sonrió Huggiston.

—Sospecho que usted y su hermano, que se hacía llamar Corrigan, idearon el personaje llamado Pat *el Silencioso*. Un hábil asesino profesional, que, en realidad, eran dos. Pero lo que pretendían era eliminar a la competencia, aunque actuasen aparentemente bajo las órdenes de otros. Una bonita función de teatro, ¿no le parece?

—Sí, pero el espectador de honor va a fallecer *muy* pronto.

—¿Se refiere a mí, Huggiston?

—Me pregunto por qué no se volvió a Willow Creek, a seguir con sus clases de gimnasia. Le hubiera ido mucho mejor, créame.

—Bueno, resulta que yo también sé hacer teatro —sonrió el joven—. Tengo aspecto de un ingenuo provinciano y despisto mucho a la gente. Pero no soy torpe.

—Eso he podido apreciarlo en persona —admitió Huggiston—. Bien, después de usted, iré a por Elaine.

—No sabe dónde está, no logrará encontrarla —dijo Throne. Huggiston soltó una risita.

—Tampoco yo soy tonto —contestó—. Esa chica es muy inteligente y logró engañarme durante un tiempo, pero, al fin, he

llegado a saber la verdad. Bueno, Throne, usted ha hablado antes de una función de teatro. Pero aquí las pistolas están cargadas con balas de verdad y no con cartuchos de fogueo. En una palabra, matan.

La mano de Huggiston se levantó, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, se oyeron tres o cuatro chasquidos en las inmediaciones. Throne vio saltar por los aires parte de la frente de Huggiston, en una sangrienta explosión. Otra bala penetró por su mejilla y salió dejando una estela roja por la otra. Throne se tiró al suelo, para evitar ser blanco de los siguientes disparos, pero el asesino escapó en el acto.

Al cabo de un rato, Throne se arrastró hacia la cocina. Ahora ya tenía la certeza de haber descifrado el enigma.

CAPÍTULO XII

Abrió la puerta con todo cuidado, merced a la llave que Harriet le había dado días antes. Una voz hombruna llegó a sus oídos con acentos estridentes:

—Vamos, suéltalo ya. No me hagas perder el tiempo...

—No sé de qué me está hablando —contestó la chica.

Throne oyó el inconfundible chasquido de una bofetada. Harriet emitió un gemido.

—Por última vez...

—¿Qué va a hacer? —exclamó ella con acento desafiante—. No puede matarme; si lo hiciera, se quedaría sin conseguir lo que tanto le interesa.

—No, no puedo matarte, pero, en cambio, puedo hacerte mucho daño. Y llegará el momento en que hables, ¿comprendes?

—Repito que no se lo diré. Vamos, ande, ordénele a ese gorila que tiene al lado que me dé una buena paliza. ¿A qué esperas, Larry Dekker?

Throne oyó otra voz.

—¿Empiezo, jefe?

—Sí, anda... Tenemos prisa —masculló Layden.

Throne terminó de abrir la puerta.

—Sí, tienen mucha prisa —dijo.

Layden y Dekker se volvieron al mismo tiempo. El primero apuntó al joven con su pistola.

—Throne, ¿por qué no se larga y nos deja en paz?

El joven sonrió.

—Es que quiero mucho a esa preciosa chica y no me gusta que le hagan daño —contestó.

—¡Jack! ¿Es cierto lo que dices? —gritó ella.

—Sí, nena. Te quiero tanto, que voy a pedir tu mano en cuanto hayamos terminado con esta pareja de asesinos.

Harriet corrió hacia el joven, se colgó de su cuello y le besó con avidez.

—No sabes qué feliz soy —dijo.

—Oiga, que no estamos aquí para presenciar escenas románticas. —Gruñó Layden—. Además, ella es una golfa...

Throne miró tranquilamente al hampón.

—Le voy a partir los morros —dijo.

Dekker se situó entre los dos hombres.

—Cuidado —advirtió—. Mido diez centímetros más que usted y le paso casi veinte kilos.

Tranquilamente, Throne apartó a Harriet a un lado.

—Se ve que Layden no te conoce bien —dijo. Miró de arriba abajo al gorila—. De modo que eres más alto y más pesado que yo.

—Se nota, ¿verdad? —rió Dekker.

De pronto, disparó su puño con toda la potencia de sus noventa y tantos kilos. Throne desvió la cabeza, dejó que el brazo de su adversario pasara por encima de su hombro derecho y luego, aprovechando el impulso, lo agarró por el brazo, cerca del hombro, y lo hizo girar en redondo. Apenas lo tuvo de espaldas, disparó el pie con toda su potencia, arrojándolo contra Layden.

Al chocar los dos hombres, se oyó un seco chasquido. Dekker gritó y se convulsionó horriblemente. Luego rodó a un lado y quedó boca arriba, con los ojos muy abiertos.

Layden maldijo. Antes de que se pusiera en pie, Throne saltó hacia adelante y pisó con fuerza la muñeca armada.

—Llama a la policía —ordenó a la muchacha.

Ella corrió al teléfono. Layden blasfemó espantosamente.

—Dekker ha muerto y lo ha matado usted. Harriet y yo hemos sido testigos —siguió Throne—. Pero, además, cuando encuentren el cadáver de Huggiston, examinarán los proyectiles y encontrarán que han salido de la misma pistola. Layden, éste es el último acto de la función.

El asesino intentó soltarse, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos. Al cabo de unos momentos, desalentado, dejó de forcejear.

—Elaine, ¿qué has encontrado en la libreta de mi tío? —preguntó él.

—Estaba en el forro de la tapa posterior. Es una indicación del lugar en que se encuentra una cinta magnetofónica con una

grabación de una conversación entre Layden, Corrigan y Huggiston. Los tres debían de estar de acuerdo para eliminar a... a la competencia.

Throne miró a su prisionero desde la elevada posición en que se encontraba.

—Por eso le interesaba tanto la libreta de mi tío —explicó—. Seguramente, Luke quiso hacerle chantaje, ¿no es cierto? Aunque fuese de la familia, no era lo que se dice un hombre demasiado honesto. Por eso usted decidió eliminarlo, de acuerdo con Pat *el Silencioso*. Ya encontrarían la libreta, pensaron... pero en eso estaban equivocados los tres. Luego, usted debió de pensar que mi tío Luke no había hecho sino fanfarronear y decidió eliminar también a sus cómplices.

La derrota de Layden era total; podía apreciarse claramente en la abatida expresión que se reflejaba en sus facciones.

—Demasiada ambición —dijo Throne filosóficamente.

Una sirena policial empezó a oírse a lo lejos. Desesperado, Layden hizo el último esfuerzo.

—Throne, tengo dinero...

El joven hizo un gesto negativo.

—Quiero que vaya a la cárcel por el resto de sus días —contestó fríamente—. Elaine, ¿verdad que tú piensas como yo?

—Sí, pero me llamo Harriet —dijo ella.

—Oh, perdona, me había equivocado.

Mucho más tarde, Throne y la muchacha pudieron quedarse solos. Ella fue a la cocina y encendió el fuego, para hacer café. El oficial de policía encargado del caso se había llevado la libreta.

Ella vino más tarde con la bandeja en la mano y se sentó frente al joven.

—No me gusta el pelo rubio —dijo él.

—Me lo teñiré...

—Basta que te quites la peluca, Harriet Carter, Belinda Crandall. Hubo un instante de silencio.

—Al fin lo has adivinado —dijo la joven.

—Antes no te llamé Elaine por accidente.

—Sospecho que no soy buena actriz, Jack.

Ella empezó a quitarse la peluca. Luego fue al baño y permaneció en él unos minutos. Al regresar, Throne la miró a los

ojos.

—Te has quitado las lentillas azules —dijo.

—Ya no tengo motivos para llevarlas más.

—Tampoco te disfrazarás como Belinda Crandall.

—Ya no tiene ningún objeto continuar la ficción.

—Sí, ha pasado todo. La función ha terminado. Pero no pienso ser más protagonista de una obra de teatro, donde las pistolas estaban cargadas con cartuchos auténticos y no de fogueo.

—Volverás a Willow Creek, supongo.

—Sí, pronto empezará el curso.

—Pensé que ibas a estudiar Historia...

—Puedo alternarlo. No soy rico. Debo trabajar para vivir.

—Jack, hay un doble sentido en tus palabras.

—¿Sí?

—Tengo una casa lujosa, una doncella... Piensas que soy millonaria.

—Bueno, las apariencias...

—No es cierto. Tengo una fortuna, pero es más bien modesta. Mi padre ganaba mucho dinero, es cierto, aunque era un trabajo muy personal. Y la casa no es nuestra, sino alquilada.

—Elaine, tú fuiste la que se llevó y devolvió la libreta, ¿no es cierto?

Ella asintió.

—Me interesaban algunas de sus anotaciones. Yo también había hecho algunos encargos a tu tío. Un día le vi anotar algo en la libreta. Era demasiado gruesa y me chocó.

—Y cuando decidiste convertirte en la Dama Fantasma, pensaste que la libreta podía serte útil.

—¿No habrías pensado tú lo mismo, en mi caso?

—En tu caso, yo me habría estado quieto, Elaine.

El pecho de la joven se agitó.

—Jack, mis padres murieron asesinados. A tu tío también lo asesinaron. ¿Por qué no te volviste inmediatamente a Willow Creek? No lo hiciste así; pensaste que debías descubrir al asesino, ¿verdad?

Throne sonrió.

—Es un argumento irrefutable —dijo.

—Ambos hemos hecho lo mismo, aunque tú, debe reconocerlo,

con mejor resultado. A última hora, yo fracasaba casi continuamente.

Le miró con ojos húmedos.

—No sirvo para esto —añadió.

—Bueno, no lo has hecho tan mal. Pero me salvaste la vida una vez, cuando Charles quiso acribillarme a tiros por la espalda en la *Stand Fountain*.

—Te había seguido... Fue un impulso irresistible.

—Y en aquellos momentos, te olvidaste de tu papel.

—¿Cómo?

—La Dama Fantasma empleaba otra voz, la misma que usas ahora... Pero cuando eras Harriet cambiabas ligeramente la voz. Sin embargo, al gritar, la voz era la misma en ambos casos. Entonces, yo pensé que eras tú... porque no se me había ocurrido que Harriet y Elaine podían ser una misma persona.

—El miedo me hizo olvidarme de ciertas precauciones —admitió ella—. Pero debes convenir que no lo hacía tan mal del todo.

—Sí, eres una buena actriz. —Throne la miró unos instantes y sonrió—. Hay que ver lo que cambia una mujer con una peluca distinta y con lentillas que alteren el color de sus pupilas.

—¿Qué color de pelo te gusta más? —preguntó Elaine.

De pronto, Throne se puso en pie, alargó una mano y tiró de la joven hacia sí.

—Me gusta el pelo negro, el castaño, el rubio, el rojo... Todos los colores me gustan, con tal de que sean siempre de la misma mujer —dijo.

—¿Yo?

—Sí, la dama de pelo negro y mirada profunda y magnética...

Elaine se echó a reír.

—Búho, ¿no supiste adivinarlo entonces? —preguntó.

—Es que ya sabes, soy un poco tímido y algo soso...

—No digas tonterías, querido. Por cierto, antes dijiste algo que me gustó muchísimo, cuando Layden me llamó golfa. Hablaste en serio, supongo.

—Claro, hay cosas con las que no se debe bromear. Pero tú querías darme celos, insultando a Harriet...

—Era para «picarte». Ya me había enamorado de ti.

Throne sonrió.

—Elaine, esto ha sido una función de teatro —dijo—. Pero falta el final. Los protagonistas se besan y...

Ella le abrazó con fuerza.

—¿Es el final o el principio, querido? —preguntó.

—El principio de algo que será muy real y no ficticio —respondió Throne, a la vez que se inclinaba para besarla—. A partir de este momento, no será el teatro de la muerte, sino de la vida.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

